

*Versión final 2021*

*Ercole Lissardi*

*EL INCONVENIENTE*

*El problema de la noche sigue intacto.*

*¿Cómo atravesarla, cómo atravesarla por completo cada vez?*

Henri Michaux

Era la alfombra. Aquella alfombra silenciaba todo, ahogaba cualquier ruido. Hubiera silenciado el grito más espeluznante. Habían coincidido en el ascensor luego de cenar solos en mesas cercanas, mirándose fugazmente de reojo, fingiéndose absortos en la lectura de papeles de trabajo, creyendo cada uno comprobar la indiferencia que le inspiraba al otro, pero comprobando también que ambos por igual –hábito saludable– sólo cenaban ensalada y sólo bebían agua mineral, sin gas. Antes, durante las largas horas de trabajo en la Comisión para la que habían sido elegidos, sostuvieron con firmeza posiciones encontradas. Haciéndolo sus miradas apenas se habían cruzado un par de veces.

Pero ya en el ascensor él había visto el número de habitación en la tarjeta magnética que ella sacó de su bolso, y sin decir palabra sacó su propia tarjeta del bolsillo y se la mostró. Eran habitaciones contiguas.

-Vecinos –dijo y le mostró una sonrisa medida y amable.

-Sí –dijo ella, asintiendo con un parco movimiento de cabeza, y sonriendo con una sonrisa mínima, protocolar, apretada.

Suficiente preámbulo como para, ya fuera del ascensor, ya hundiéndose en el voraz silencio de la alfombra, dirigirse a ella.

-¿Está usted cansada? –pregunta, ceremonioso.

Ella se detiene, se vuelve.

-¿Perdón? –inquiere, como sorprendida.

Comprende que ella creyó que le preguntaba si estaba casada.

-Pregunto si está usted cansada –repite.

Ella duda. Aclarada, la pregunta no es menos improcedente. Pero aun así se oye responder:

-No mucho.

-Pero bastante –insiste él, como queriendo facilitarle a ella una negativa.

-Un poco –concede ella.

No pueden evitar sonreír, conscientes de la sobrada cautela de su diálogo. A ambos se les ocurre lo mismo, que no podrían negar su oficio de negociadores, de mediadores. Él duda ahora, escogiendo cuidadosamente las palabras.

-Quizá podríamos hacernos compañía un rato –es la fórmula por la que opta finalmente, hablando lento y claro, como recitando, como si la invitación fuera para seguir conversando temas de trabajo.

Temprano por la mañana, en el avión, dormitando, ella había fantaseado con la posibilidad de una aventura. Los viajes de trabajo se prestan, naturalmente, para ese tipo de fantaseo, pero ella nunca había cedido a la tentación –o, más exactamente, nunca había permitido que las circunstancias llegaran a tentarla. Apelaba para ello al gesto adusto, al trato protocolar y al aislar en las pocas horas libres. Pero fantaseaba. Particularmente desde que había leído en una revista para mujeres un trivial elogio del one night stand.

Intuye de pronto que él está en una situación similar a la suya, que fantasea, sin experiencia. Ningún seductor de hotel internacional esperaría una respuesta con esa cara de consultar mercados a futuro en el ordenador. Esa intuición es lo que la decide. Se le antoja que sumar sus inocuos devaneos difícilmente podría generar algún tipo de consecuencia lamentable.

-Está bien –responde. Y después, torpemente, como para poner un poco de onda posando de liberada, agrega:

-Es una buena idea.

El gesto de atenta espera de él se relaja, suspira aliviado.

-Podemos ir a mi habitación, o a la suya –dice, pero de pronto le parece una propuesta demasiado audaz, y agrega:

-O podemos bajar al bar.

Al bar no, piensa ella. El día había sido demasiado largo. Quiere descansar, descansar. Y de todas maneras aquello, lo que fuera que pasara entre ellos, no podía durar mucho: su avión salía a las ocho y media, tenía que levantarse a las seis y media.

-Prefiero mi habitación –dice.

Silenciosos como sombras, ella un par de pasos por delante, recorren los pasillos. Él piensa que la mujer, con su tailleur gris perfectamente insípido y su paso apretado y rápido, le resulta cualquier cosa menos sensual, y que el aire en aquellos pasillos parece gastado, usado, y que la luz le parece mezquina, y que los techos, tan bajos, le resultan opresivos. Ella se siente magnetizada por la presencia del hombre que camina a sus espaldas, siguiéndola. No puede creer que vaya a abrir su cuerpo para que la penetre este hombre del que no sabe absolutamente nada, que vaya a permitírselo porque sí nomás, cuando sólo su marido ha tenido acceso a su cuerpo durante los diez años de su matrimonio, acostumbrándola tanto como es posible acostumbrarse, a su tamaño, a su textura, a su calor, a su ritmo, a los embates tiernos y apretados de sus orgasmos; que vaya a permitirle a un extraño afanarse en busca de su placer ahí, de donde han emergido al mundo sus dos tesoros, sus seres sagrados, sus hijos. En realidad no está segura de que vaya a darse así nomás, seguramente el asunto merecerá una consideración más detenida, más allá de la premura absurda con que aceptó la propuesta.

A él le parece que la sucesión interminable de puertas –anchas, saturadas de molduras, laqueadas hasta parecer de plástico- tiene algo de morgue, de depósito de cadáveres, de cementerio. Piensa que jamás se le hubiera ocurrido que esto de tener una aventura durante un viaje de trabajo fuera tan fácil, aunque en realidad era lógico que así fuese: así como él fantaseaba, fantaseaban sin duda los y las demás, y puesto que el tiempo de encuentro era siempre escaso, la decisión no podía ser sino fácil, rápida. Ella, por su parte, va arribando a una conclusión: aquello en lo que tan apresuradamente va a incurrir cambiará su vida. Inevitablemente. O bien la cargará de culpa por toda la eternidad, o bien acabará de una vez, si no con su matrimonio –Dios no lo permita-, sí con el enclaustramiento matrimonial en el que ha vivido. Pero ¿por qué tanta prisa, si en realidad nunca se planteó clara y racionalmente esa perspectiva, ese cambio? Entonces, inmediatamente después de hacerse esa pregunta, como queriendo acabar con cualquier duda, se dice: es sólo una prueba, un experimento, nunca nadie va a enterarse. Y así, ambos enroscados, cada uno a su manera, en sus certezas y sus reticencias, satisfechos en realidad con el pacto fugaz, precario, tácito, tan fácil e inesperadamente alcanzado para compartir un acto sexual, se sienten enérgicos y optimistas, dispuestos a asumir las consecuencias de su decisión.

Pasan frente a la puerta de la habitación de él y se detienen frente a la de la habitación de ella. Las habitaciones son muy amplias. La pared exterior es toda ella un ventanal que, sin balcón, cortado a pico sobre la fachada del edificio, se abre, desde la altura –están en el vigésimo tercer piso- sobre un enorme trébol de autopistas. En la noche ya cerrada los tentáculos profusamente iluminados tienen el aspecto de una fosforescente criatura de las profundidades marinas. Más allá, no menos resplandeciente, está el aeropuerto, como un enorme pozo de luz del que continuamente ascienden y hacia el que continuamente descienden las luces de las aeronaves.

La habitación de ella es toda blanca –alfombra, cubrecama, muebles, paredes, cortinados. La de él es toda azul. Ella ha desempacado y guardado cada cosa en su lugar. No hay ningún objeto personal a la vista. Ha guardado el bolso en la ropería, como si fuera a quedarse varios días, aunque sólo ha venido por un día y una noche. Él ha hecho lo mismo. Son idénticamente meticulosos. Como si esperaran que alguien fuera a pasar revista a sus aposentos. O como si la opinión de las mucamas del hotel sobre sus hábitos privados fuera relevante.

Apenas cerrada la puerta suena el teléfono. Ella se sienta en la cama y atiende. Es su marido.

-Hola, corazón –dice el marido.

-Hola –dice ella y su máscara de funcionaria severa se suaviza-. Recién termino. Estoy muerta.

Él adivina que la mujer habla con su marido.

-¿Ya cenaste? –pregunta el marido.

-Algo. Ya sabés que cansada se me va el hambre.

Él permanece inmóvil junto a la puerta. Sonríe al pensar que no puede hacer ruido alguno. El marido seguramente que preguntaría quién está en la habitación de su esposa. Todavía no pecamos y ya estamos en el sainete, piensa.

-¿Y los niños? –pregunta ella.

-Dormidos. Aquí es casi la una.

-¿Me extrañaron?

-No mucho. Mañana en el desayuno va a ser la cuestión.

-Deciles que cuando vuelvan por la tarde mamá ya va a estar en casa.

Él toma nota de que ella omite decirle que él está allí. Podría decirle que un compañero de trabajo está allí para revisar tal o cual cosa. Pero no. El tipo debe de ser un celoso. Piensa que sería caballeroso salir discretamente del dormitorio para no obligarla a exponerse omitiendo, mintiendo, engañando. O podría refugiarse en el baño. Pero no lo hace.

Ella piensa que –como de costumbre cuando ella viaja y hablan por teléfono, cosa que sucede cuatro o cinco veces en el año- la voz de su marido, siempre calma y hasta dulce, pasa a sonar tensa, como si no pudiera ocultar –o quizás como si quisiera hacerle notar- el temor a que ella le sea infiel. Es raro el tono que adopta, como vacilante, y, a la vez, hosco e implorante. Es un tono que a ella le resulta desagradable, le parece como si él se fuera a echar a llorar. No siente compasión, siente como que la acusa injustamente pero sin atreverse a hacerlo abiertamente. Piensa que hoy, por primera vez, el temor de su marido se justifica. Piensa que si a ella se le escapara algún indicio, efectivamente él se pondría a llorar en el teléfono. Piensa también que cuando él está de viaje –él viaja mucho menos- a ella no se le ocurre en absoluto que le pueda ser infiel.

-No debiste quedarte despierto para llamarme. Podías llamarme de mañana temprano.

-Es que te extrañaba.

Ella suspira. Hace por controlar la leve irritación que la ha ido ganando. Piensa que la ha llamado a esa hora para controlar que se ha ido a dormir temprano.

-Yo también te extraño –dice, nomás para satisfacerlo, consciente de que sería absurdo extrañar al consorte por una separación que sólo lleva horas.

Él percibe la irritación velada en el tono de voz de ella. Toma nota de que no sólo no le cuesta exponer frente a él, un extraño, el engaño de que hace objeto a su marido: tampoco parece costarle exhibir sus sentimientos, o, mejor dicho, sus ambigüedades. Él no es un hombre de mundo, por cierto, pero tampoco es un ingenuo: piensa que es

mejor así la aventurilla, clandestina y culposa; no le hubiera gustado que la mujer fuera una solterona, o divorciada, o viuda. Mejor así, entre casados... debutantes.

-¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta el marido.

-Me voy a dormir. Cuanto antes —dice ella, y entonces gira la cabeza y lo mira a los ojos.

La mirada, inesperada, directa, obscena, lo perturba. La mirada dice, tan claramente como es posible decir con la mirada: le miento a mi marido, lo engaño, en realidad ahora voy a cogerte —aunque esta es palabra que ella no utiliza, que no ha aprendido aun a utilizar sin vergüenzas, palabra de la que ni siquiera sabe que en esta ocasión es, definitivamente, la más adecuada.

-Bueno —le dice el marido al oído-. Te voy a buscar al aeropuerto.

-De acuerdo. Beso.

El marido le envía un beso sonoro. Ella le envía uno a su vez. Dice, suavizando la voz:

-Chau.

Y cuelga. Sentada, se saca los zapatos. Se para y metiendo las manos por debajo de la falda se saca la pantimedia. Actúa como si él no estuviera allí. O como si él fuera su marido, otro marido. Él piensa que no tienen mucho tiempo, y que ella tiene razón en descartar los circunloquios y las ceremonias. Pero saca del bolsillo su celular y marca el número de casa.

-Hola —dice cuando oye la voz adormilada de su mujer.

Al oír el tecleo ella lo ha mirado de reojo, luego le ha dado la espalda y continúa desvistiéndose. Coloca la ropa cuidadosamente doblada sobre la banqueta.

-Te desperté —dice él.

-No importa —dice su mujer, mimosa-. ¿Cómo estás? Aquí todo bien. Las niñas duermen. Tu perro también. Se puso a lloriquear cuando nos sentamos a cenar y vio que no estabas. Es un perro lamentable. Increíble cómo te extraña.

Su mujer es así. Mil cosas a la vez, todas aderezadas con la melcocha sentimental.

-Yo estoy bien –le dice-. Acabo de subir. Muy cansado.

Ella ha quedado en corpiño y bombacha. Él se pregunta cómo es posible que una mujer sin experiencia en la infidelidad se comporte con tal impudor. No sabe que para ella, pragmática, una vez acordada implícitamente la infidelidad, lo demás es puro trámite. Se suelta el pelo. Entra al baño cerrando la puerta.

-¿Comiste algo rico? –pregunta su esposa.

-Ensalada de pollo.

-No sabés viajar –se queja su esposa-. Ensalada de pollo comiste ayer aquí en casa. Se viaja para probar cosas diferentes.

Sabe que su esposa lo dice con doble sentido. Ella es así, juguetona, le gusta cachondear. Bromeando –nunca lo han hablado en serio- pero le gusta subrayar para quien quiera oírla, que no es celosa. Aunque sabe que no tiene por qué sentir celos, que él no le ha sido nunca infiel, ni siquiera de pensamiento... hasta hoy, absurdamente, con esta mujer que ni siquiera en bombacha y corpiño empieza a parecerle sensual. Piensa – hoy en particular, pero siempre lo pensó- que en realidad a su mujer no le importa lo que él haga lejos de casa, que en cierto modo, con sus bromas lo autoriza a hacer lo que quiera. Lo cual a su vez, dada la regla de la reciprocidad, la autorizaría a ella a su vez a actuar como deseé. Se pregunta si no es eso lo que ella busca. Se pregunta, en fin, y no por primera vez: si nada en absoluto cambiara en su conducta hacia él –especialmente en lo afectivo y en lo sexual- y en el hogar ¿le importaría a él si ella tiene amantes o amoríos? Una vez más es incapaz de darse una respuesta terminante.

-¿Vos qué hiciste hoy? –pregunta.

-Nada. Jugué un rato al tenis. Fui al súper. Llevé a las nenas a danza. ¿A qué hora llegás?

-Sobre mediodía. Me voy a dormir ya.

-Te voy a recoger –otra vez sus dobles sentidos-. Beso.

-Beso.

Guarda el celular justo cuando ella sale del baño, en viso. Se ha puesto una tiara en el pelo. Se ha quitado el maquillaje. Lo mira como si la sorprendiera encontrarlo allí.

-Voy a tomar un gin con tónica –dice-. ¿Usted quiere?

-¿Podemos tutearnos? –pregunta él.

Ella asiente con un mínimo movimiento de cabeza. Él piensa: parecemos japoneses, de tan formales. Ella piensa: aquí estoy, medio desnuda, pero seguimos tratándonos como si estuviéramos aun en la Sala de las Comisiones.

-Sí, me gustaría un gin con tónica –dice él-. Pero antes voy a cambiarme.

-Buena idea –dice ella, otra vez.

Buena idea es lo que siempre dice ella cuando trata de introducir un poco de buena onda en un diálogo más o menos casual con alguien básicamente desconocido. ¡Bonito recurso! Alguna vez pensó en asistir a algún cursillo de conversación. La verdad es que en su vida sólo le han importado su hogar y su trabajo. Se relaciona exclusivamente por cuestiones de trabajo. Sabe de formalidad y protocolo, pero la sociabilidad siempre le ha parecido un bien superfluo.

En el baño se ha estado preguntando, otra vez, por qué aceptó, por qué no está ahora sola y relajada, preparando sin apuro la maleta, comprando por teléfono un par de juguetes que le entregarán temprano, al hacer el check-out. Si no hubiera aceptado sabría por qué no aceptó. Pero aceptó y no sabe por qué aceptó. Esa diferencia la confunde. No sabe cómo encarar algo por razones que desconoce, en lugar de no hacerlo por razones que sí conoce. O quizás sí sabe por qué aceptó. Aceptó porque sí. Porque las razones para no aceptar le parecieron insuficientes. Se oyó aceptar, en realidad, tan tranquilamente, como si nunca hubiera sabido las razones para no aceptar.

En su habitación él saca de la maleta el pijama, la robe de chambre y las pantuflas. No los había sacado aún porque no pensaba usarlos. Era su mujer la que los incluía en su equipaje. Otro guiño, en realidad. Él sabía que, como de costumbre, las pocas horas que estuviera en la habitación del hotel estaría desnudo o en calzoncillos. Ella –se le ocurrió ahora, por primera vez, luego de quién sabe cuántos viajes de trabajo- era la que calculaba –o deseaba- la posibilidad de que recibiera compañía en la habitación, para lo cual necesitaría ropa de cama. ¿Y si él hubiera sido el que, desde siempre, los incluía en

su equipaje? ¿Ella hubiera pensado que lo hacía porque esperaba compañía por la noche? Mirándose a los ojos en el espejo del baño, pero sin verse, pensó que el claustro matrimonial es un espacio de mutua vigilancia, y de mucha especulación. He aquí los cambios de conciencia que acaecen cuando uno cede a la tentación de lo imprevisible, cuando uno, por ejemplo, le hace notar a la compañera de ascensor que tienen habitaciones contiguas, como si tal casualidad llevara implícita la opción de intimar.

En el bolsillo de la bata encuentra un dibujo de su hijo menor. Es un muñecote con un matorral de pelo enrulado y con una raqueta en la mano. Debajo, con letra despatarrada, dice Papá. Mientras suelta una caudalosa micción en el wáter vuelve a pensar en lo pesado que es el silencio en este hotel, le parece que le presiona los oídos. Parece como si no hubiera un afuera. Como si fuera un hotel subterráneo. O como si cada habitación fuera una cápsula flotando en el espacio exterior. Sólo en el baño las cosas suenan: el chorro de orina en el agua, el vaso de vidrio sobre la porcelana de la pileta. Siente como que esos ruidos lo despiertan, lo sacan de una especie de adormecimiento. Recuerda entonces que en la habitación contigua la mujer lo espera.

Lo espera muy prolijamente sentada en la cama, la espalda contra el respaldo, el cuerpo hasta la cintura cubierto por la sábana perfectamente doblada, sin una arruga, tal y como una esposa que espera que su marido se meta en la cama, o como si fuera un maniquí en la vidriera de una tienda de ropa de cama. Sólo desentona –pero precisamente para entonarla- el vaso de gin tonic que el maniquí sostiene en la mano.

-Me tomé unos minutos para refrescarme –dice, como si tuviera que disculparse por haber quizás inducido a la mujer a pensar que ya no volvería.

Toma su vaso de sobre la mesita y bebe.

-Me queda poca energía –dice ella-. Y la bebida me relaja rápido. Y completamente.

Esa advertencia, grosera de tan perentoria, una mujer sólo puede permitirse hacérsela a su marido, piensa él. Ella tiene menos experiencia extraconyugal que yo, que no tengo ninguna, piensa. Después, por un instante –pero un instante tan intenso que le arrancó una sonrisa- sintió como si hubiera caído en una especie de realidad paralela, en la que estuviera efectivamente casado con esta mujer.

¿Qué será que le hace gracia?, se pregunta ella viéndolo sonreír. Si no pasa algo ya mismo, me voy a quedar dormida. Él se sienta en la cama, deja su vaso sobre la mesa de noche, le toca los pies por encima de la sábana. ¿Los pies? ¿Por qué los pies? Los tengo sudados, piensa. Pero no elude la caricia, no ofrece opciones. La caricia es torpe. Toca como si no supiera en realidad qué hay bajo la sábana. Como si fueran animalitos, peligrosos quizá. Ella siente el tanteo, lo observa, y no puede creer la inmediata respuesta genital que le produce. Su marido no le toca los pies, de hecho nadie le ha tocado los pies. Es por eso que la afecta tanto, es una caricia nueva, virgen. Y no es que él lo haga con especial habilidad, no, es más bien la torpeza lo que la excita. La vulva se le contrae, le cosquillea, los dedos de los pies se le separan, sus rodillas se disponen a separarse. La mano torpe parece sorprendida por el alboroto que percibe bajo la sábana. Ella se afloja toda, tanto que casi se le cae el vaso de la mano. Bebe lo que queda y deja el vaso sobre la mesita de noche.

-Quizá debiste buscarte una profesional –dice-, una prostituta de hotel, y no una funcionaria aburrida y cansada.

Lo ha dicho sin verdadera convicción, sólo porque sintió el impulso de abolir la distancia, o para provocarlo, cosa que consigue, aunque con efecto algo retardado, porque él está absorto mirando a su mano tocar esos pies y preguntándose cómo es posible que tocarlos lo excite, porque eso es lo que está sucediendo, cosa evidenciada por el cosquilleo en la verga, por los músculos de los glúteos que se le contraen, y sobre todo por la sensación mental de estar deslizándose hacia el interior de una nube de algodón. Pero ha reconocido en la voz de la mujer, ya devorada por la alfombra, ese tonito provocador que por momentos le afloraba durante los intercambios en la Comisión. Le agrada ese tonito, le responde de la misma manera.

-Quizá vos debiste buscarte un gigoló. Pululan en estos hoteles caros.

-Ya es tarde para eso.

-No lo creas, basta con llamar a recepción y pedir con Servicios Especiales –inventa él.

Ella se siente como anestesiada por la onda de excitación que le nace en los pies y le recorre todo el cuerpo.

-Creo que voy a conformarme con lo que tengo a mano.

Ella se siente a gusto en ese jueguito de estar confrontándose suavemente, de estar mordisqueándose sin desgarrar. Es más fácil, más dulce abrirse, darse, si se mantiene esa como musiquita verbal de enfrentamiento, de resistencia a perderse completamente, de rescatarse.

Experimenta irreprimiblemente el deseo de la mano de él sobre la piel de sus pies. Hace a un lado la sábana, ofreciéndoselos, pero tironea del viso para que le cubra las rodillas. No tanto por pudor sino porque, huesudas como son, las considera el punto débil de su anatomía.

Él se ha quedado desconcertado, mirando aquellos pies súbitamente desnudos como si pudieran revelarle, mirándolos, la razón de su magia, la cualidad secreta con que han podido excitarlo de sólo tocarlos. Se pregunta por los pies de su legítima esposa. No los recuerda. Nunca los miró, nunca los tocó, no los acarició. Se promete hacerlo, pero de sólo imaginarse acariciéndoselos la caricia le parece rara, no natural como le parece ahora.

Acaricia los pies de la mujer con la palma de la mano abierta, apenas rozándolos, como queriendo no ser objeto de una acusación de grosería, de manoseo. No sabría decir por qué, pero los encuentra elegantes, algo huesudos, como sus manos, las uñas están muy cuidadas, la piel es delicada inclusive en las plantas, las venas son visibles en el empeine, como son visibles en el dorso de sus manos, y los tobillos son huesudos. ¿Qué tienen de especial estos pies? Nada. Y sin embargo son hermosos, piensa, increíblemente hermosos, aunque no tenga cómo compararlos, ya que son los primeros en los que realmente fija su atención. Y de sólo mirarlos, y pensar que son hermosos, crece, ya incontenible, su erección.

Entonces suena el teléfono. Ella abre los ojos, sobresaltada. Estaba ya más allá de todo, muy cerca del punto de la delicia. De manera que, arrancada por el timrazo, tarda en aterrizar en la realidad real. Sus miradas se han encontrado y con auténtica sorpresa ambos advierten, revelándose como en un espejo, la conmoción sensual que estaban compartiendo. El teléfono vuelve a sonar.

-No puedo no atender –dice ella, más a sí misma que a él.

Se estira, atrapa el auricular. Es su marido.

-¿Te desperté?

-No, pero estaba a punto –dice, y al notar el doble sentido de sus palabras, lo mira. Él, que no notó el doble sentido, y que menos aún esperaba verse así de golpe incluido, y que no ha dejado de sobar el objeto de su delicia, sólo tiene para ofrecerle una mirada de desconcierto, cosa que a ella la irrita un poco, lo suficiente como para retirar los pies de su amorosa custodia.

Se pregunta el por qué de esta segunda llamada. Nunca la llama por segunda vez. Quizá su marido captó algo raro en su voz. Después de diez años de matrimonio están tan simbiotizados que no sería raro. O quizás simplemente la extraña más de lo habitual. O se siente más inseguro y celoso que lo habitual. Paranoizado, puede haber elevado su umbral de captación de señales, por mínimas que sean. Como quiera que sea, lo que ella quiere es cortar la comunicación cuanto antes.

-¿Qué pasa? –pregunta, un poco seca.

-Te extraño mucho.

-Yo también –le asegura ella, sin vacilación ni dulzura.

Lo mira mirarla. Se han quedado mirándose a los ojos. Leyendo mutuamente en sus miradas que aquello, antes aún de comenzar, ha dejado ya de ser un simple encuentro de sexo casual. Y no porque hubiera mutado en algo más profundo. No, más bien al contrario. Al enlentecerse el devenir previsible, los segundos se han ido abriendo y revelando su secreto: que no hay secreto, que no hay interior, que todo es superficie y que el juego está abierto, sin límite. Con la respiración de su esposo en el oído y la mirada entregada a la de su aun-no-amante, siente que flota a la deriva, que se relaja y se expande, dividida, fragmentada, disuelta, insólitamente decidida a no resistirse a lo que venga, que presiente abominable, injustificable. ¿Cómo esperar, cómo comprender que fuera este fulano tan gris como ella misma, negociador eficiente, adicto al trabajo como ella misma, aquel que, probablemente sin saberlo él mismo, tuviera, sin hacer nada peculiar, en realidad, la llave para que ella sintiera lo que sentía, es decir, que no tenía por qué decir no, como si un virus hubiera destruido todas las razones que pudiera tener para ser como siempre había sido? Y sin embargo así era, eso era lo que sentía.

-Quiero pedirte algo –dice su marido con un hilito de voz, con las palabras apenas consiguiendo sonar en su garganta.

-¿Qué es? –pregunta suavizando la voz, porque de pronto ya no tiene tanto apuro por cortar. Ha comprendido que hay algo que no quiere perderse de este estar dividida, dividida entre la vista y el oído, en este flotar equidistante de las dos orillas.

-Quiero que me digas cosas –dice, despacito, como pidiendo disculpas de antemano.

-¿Qué cosas? –pregunta, cautelosa.

-Cosas... -dice, y se frena.

-No te entiendo.

-Cosas sexuales –dice, por fin.

Respira hondo. La ha tomado por sorpresa. Nunca antes algo así.

-O sea... –explicita, en voz alta, en tono significativo, como para que él tome nota-, o sea que querés... sexo telefónico.

-Sí –dice-, pero...

-Pero qué.

-Con mi esposa.

Sí, así es él. Miedoso, cauteloso. No le extraña la fórmula. Desea cosas, se las niega, cuando no puede más encara, pero en un marco seguro, el del claustro conyugal, por ejemplo.

-Pero ¿por qué? Nunca tuvimos sexo telefónico, ni siquiera de chicos –dice, tratando de hacer foco en su marido, en lo que sabe de él, obligándose a regresar del magma de delicia y transgresión al que se había abandonado.

Y mientras pregunta adivina que así será, que le dirá intimidades a su marido delante del extraño que ha aceptado en su habitación. Ha tentado al Diablo y el Diablo le ha redoblado la apuesta. Pero ¿es capaz de hacerlo? ¿Es capaz de decirle a su marido cualquier cosa, cosas que en realidad nunca le ha dicho, delante de ese extraño que espera sin impaciencia el momento de cogérsela? Y más precisamente ¿es capaz de

decirle a su marido no cualquier cosa sino lo que sea que él desea oír, sea lo que sea, y mañana mirarlo a los ojos, mirarse a los ojos y descubrir que ya no son los mismos, o que son los mismos más esto otro, complejo, inesperado, inconfesable... pero confesado –sí, por qué no, en ese juego de decir?

En su matrimonio hay amor y hay sexo. Sexo pautado, previsible, rutinario en realidad, sexo higiénico, dulzón e inocuo. Para calentarse él le lame los pezones, ella le chupetea el glande, lo suficiente como para encenderse. Y entonces cogen abrazados, como cogen los enamorados, como coge la gente de buenas costumbres, como cogieron sus padres y antes sus abuelos. No cogen por verdadera lujuria ni por obligación, sino por amor. En su sexo no hay secretos ni sorpresas. Se pretende pura transparencia. No hay riesgo alguno. No se trata de un festín sino de una colación perfectamente balanceada, dietética. No tiene lugar alguno en sus abrazos la bestia del deseo. Y ahora, de repente, después de diez años de matrimonio, esto.

-Bueno –dice ella-, pero dame una idea. ¿Qué querés que te diga?

Lo oye tragar saliva. Aclararse la garganta. Siente el alivio en su voz. Pero ¿a qué tanta cosa? ¿Pensó que ella se negaría? ¿Como cuánto pueden ser extraños los que viven juntos?, se pregunta. Tanto como para no atreverse a pedirse mutuamente lo que no se sabe si el otro concedería, o como para temer romper la imagen que el otro tiene de uno al punto de ser preferible el silencio.

-No se trata de lo que yo quiera. Decime lo que vos quieras, lo que te gustaría que te hiciera, o algo que te imagines, lo que sea.

Lo mira mirarla. Muy quieto. Atento a lo que hablan. Hablar, sí. ¿A qué tanta cosa? ¿Pero frente a él? ¿También para sus oídos? Le parece imposible, hablar para ambos. La sola idea la trastorna. Siente cómo se agita su respiración. ¿Qué? ¿Echarlo? ¿Pedirle – con un gesto nomás- que se vaya, que se retire? ¿O dejar que todo entre en la situación, y se mezcle, y se genere quién sabe qué, que no quiere ni imaginarse? Como para alejar de su mente cualquier duda, su cuerpo actúa. Acerca otra vez sus pies, los pone junto al cuerpo del hombre, rozando la seda de la bata. Él toma sus pies, levantándolos desde debajo de los tobillos y los apoya sobre su muslo.

-Supongamos que hay un hombre aquí en mi habitación –dice entonces ella, como si repitiera algo que le soplaran al oído.

-¿Un hombre? –balbucea su marido, sorprendido por el inesperado comienzo. De hecho, comprendámoslo, cualquier comienzo de lo que desea y teme –los secretos de su mujer- lo hubiera sorprendido.

Él ha comprendido de inmediato hacia dónde lleva la mujer la situación. Ha quedado boquiabierto por la sorpresa. La mujer se frota los pies, acaricia uno con el otro, sobre el muslo del hombre. Él reacciona, decidido a asumir el rol que se le propone.

-Sí, un hombre –suspira ella cuando él recomienza la caricia a sus pies-. Un hombre, muy elegante en su pijama y su bata de noche. Sin querer he dejado la puerta de mi habitación entornada y él, que se paseaba por el pasillo del hotel, ha entrado. Me ha visto aquí hablando por teléfono y puesto que no he protestado por su irrupción, se ha sentado en la cama, y ahora me acaricia los pies.

A él la voz de la mujer lo fascina. Lo fascina la imagen de él que la mujer construye para su marido. Oscuramente intuye que debe plegarse, que debe mimetizarse con esa imagen que la mujer construye para su marido. Y al asumir esa actitud, la actitud de mimetizarse, de pronto, inesperadamente, se siente libre. Siente que no debe cargar con el peso de ser él mismo en lo que suceda, que debe ser ese otro que la mujer construye.

Ella no se ha sorprendido al oírse hablar. Le ha parecido natural. Le pidió que hablara y ella habla. ¿Qué dice? Lo que tiene delante, lo que le está sucediendo. ¿Qué otra cosa podría decir, si justo en este momento en el que se le pide que hable su fantasía es su realidad? De esa manera, además, la fantasía que su marido desea real - puesto que para eso se fantasea-, ya es real. Así pues, no la perturba hablar. La perturba la caricia a que se someten, indefensos, sus pies. Desea que esas manos tranquilas e incansables, suban por sus pantorrillas, separen sus rodillas, la expongan del todo abierta a esa mirada atenta que la tiene cercada, que parece esculcar cada repliegue de su alma.

También la perturba la idea que, de manera al parecer inevitable –todo parece suceder de acuerdo con una lógica rigurosa-, acaba de presentársele: activar la función Manos Libres del teléfono. No, eso no. Seguir hablando, sí. Disponer de sus manos, de su cuerpo, no. Esa libertad, no. Mejor así, aferrada, contenida por el teléfono que sostiene y hacia el cual se inclina para hablar. Más sería demasiado, piensa. Podría terminar en cualquier cosa, mejor algo controlado, dosificado. Ella también quiere un

marco seguro. No quiere que él esté escuchando todo, no. Sólo lo que ella quiera que escuche. No un acceso a lo más íntimo de su intimidad conyugal. Sería demasiado. Y sería injusto, una traición repugnante para con su esposo. Ella tiene, quizá, el derecho a exponerse, pero no tiene el derecho a exponerlo a él. Sería una maldad que su esposo no merece. Y sin embargo... ¿cómo sería semejante cosa? ¿cómo sería? Todos, los tres, estarían viendo y oyendo...

- ¿Qué clase de persona es? —pregunta el marido, y su tono ya es cómplice.

-No es un gigoló, ni un seductor, ni un violador. Es un hombre serio, de trabajo, y de familia. Tiene una mujer, y quizá dos hijos, o tres, y los extraña, como yo te extraño a vos, a ustedes —dice, sin apuro.

Calla cuando las manos comienzan a subir por sus piernas. Su respiración se ha agitado y sin duda que su marido lo ha percibido. La respiración de él se oye lenta, pesada.

-Él caminaba por los pasillos, porque caminando piensa mejor, y tiene cosas en qué pensar. Cosas de trabajo. Es obsesivo con el trabajo. Ha visto la puerta entornada, me ha visto en la cama, ha visto que lo miro sin rechazarlo, ha pensado que mi puerta entornada era una invitación para un extraño, para cualquiera que pasara.

-¿Lo era?

-Quizá —dice-. Quizá lo era.

-Pero ¿por qué? —suelta el marido, suplicante, incapaz de pronto de la distancia que implica el juego.

-¿Por qué qué? —pregunta ella rígida y cruel, para nada dispuesta a abandonar el filón de su goce.

El marido calla, ella oye en su respiración el esfuerzo por controlarse. Finalmente lo oye respirar hondo.

-Nada —dice-. Seguí.

Pero las manos se posan ya sobre sus rodillas. Su sexo boquea, ansioso, descontrolado. Desde que de muchacha, explorándose con un espejo, vio boquear a su

vulva como un animal de las profundidades, pura boca retorciéndose, ávido por devorar, piensa que es un espectáculo que nadie debe contemplar. Cree que ese boquear es monstruoso, obsceno, y que no les sucede a las demás mujeres. Después ha visto en una película una yegua a punto de ser cubierta, con el sexo abierto, guiñando y rezumando espumarajos, y se ha convencido definitivamente de que lo suyo es algo animal, monstruoso, una anomalía, y que si un ginecólogo viera a su vulva boquear plantearía de inmediato algún tipo de opción quirúrgica. Gracias a Dios, a su marido sus partes nobles no le han provocado mayor curiosidad. Las ha mantenido a distancia. Las ha conocido sólo a ciegas. Al tacto. Ahora, amenazada por las manos que esperan, posadas sobre sus huesudas rodillas, adivina que, por primera vez, va a ser expuesta en toda su carnalidad. Esa certeza hace que su vulva se contraiga y se retuerza, a punto tal de que está cerca de provocarle un orgasmo. Imagina que debe de estar chorreando, goteando sobre la sábana. Su respiración, ya ruidosamente agitada, recorre miles de quilómetros hasta llegar a los oídos de su esposo.

-¿Te estás tocando? —pregunta él.

-Sí —dice-. ¿Y vos?

-También —dice el marido, y el aliento se le encrespa.

Él mira a la mujer, que ha cerrado los ojos y cuchichea, cachonda, con su marido. ¿Era esto lo que él se había imaginado cuando casi sin pensarlo le propuso a la mujer pasar un rato juntos? Por cierto que no. En realidad... en realidad ni siquiera esperaba, y esa es la verdad, ni siquiera esperaba que tuvieran sexo. Dos personas tan formales como manifestaban ser ¿cómo podrían de pronto, a las apuradas, porque el tiempo era poco, pactar una especie de mutuo acceso a sus genitales? En fin, era, por supuesto, posible, pero en realidad, remoto. Y con lo que se encuentra es con esta situación en la que la mujer lo deja oír el diálogo íntimo con su marido, al que le cuenta tranquilamente que él está ahí, junto a ella, pronto para cogérsela, mientras le abandona el cuerpo para que él lo utilice como buenamente quiera. Pero, aún más profundamente, se encuentra con esta situación en la que él a su vez se deja involucrar, dispuesto a actuar como ella buenamente quiera, a sus órdenes, siguiendo su libreto, como si él fuera su marioneta. Le parece como que en algún lugar de su cerebro la función de evaluar y elegir se le ha bloqueado. Y para su sorpresa ese bloqueo no le molesta en absoluto.

La mujer dobla las rodillas y entonces él se las separa. No lleva ropa interior. Todo queda a la vista. Pero la concha de la mujer le resulta un enigma. En el rostro de la mujer los labios son muy finos, casi inexistentes. Como un tajo. Es un tipo de boca que a él le disgusta. Desde que vio a la mujer por primera vez, a media mañana al comenzar las sesiones de la Comisión, estuvo consciente de esos labios, para él desagradables. Y sin embargo, al final del día, en el ascensor, le habló, como si le gustara esa boca, como si no sintiera el rechazo que siente, como si solo le importara, por primera vez, como quiera que sea, hacer lo lógico y cogerse a alguien, a quien sea, en este su enésimo viaje de trabajo. Cogerse a alguien, casi como para poder volver orgulloso y contárselo a su mujer, casi como para de esa manera autorizarla a ella a darse un gusto cuando se le antoje. Pero ahora, con el sexo de la mujer abierto y a la vista, se encuentra con que estos otros labios son el opuesto que aquellos. Son carnosos, de un rojo profundo, oscuro, y húmedos, abiertos, deseosos. Aunque nunca ha visto una, el sexo de la mujer se le antoja como la corola de una flor carnívora. Pero además, acaba de darse cuenta, el sexo todo ondula suavemente como un alga en un lecho marino. Él no es un coleccionista de sexos femeninos, ha visto pocos, pero no ha visto, ni en foto, uno que lo impresione como este. Es hermoso, piensa, brutal. Y siente como que aquel animal emboscado en lo profundo del cuerpo de la mujer lo llama, lo atrae, lo hipnotiza. Se le hace agua la boca. No puede resistir el llamado. Mira a la mujer, que lo mira con una extraña expresión en el rostro, una expresión loca en los ojos, que él decide interpretar como una invitación a ceder al llamado. Se inclina hacia la entrepierna. El aroma carnal, dulzón y penetrante le llega hasta lo más profundo de los pulmones. Saca la lengua y lame lentamente la herida, de abajo arriba. Era esa la otra caricia que ella nunca había recibido. Contuvo a duras penas un grito de placer. Pero no, no de placer, de sorpresa ante la revelación que parte en dos el mundo de la experiencia, por decir algo.

-¿Estás acabando? –la voz de su marido la retiene al borde del orgasmo.

Apoyando una mano en el pelo de él le exige que detenga la caricia. Él lo hace. Olisquea. El plumón, minúsculo y elegante, de pelo lacio, huele a agua de Colonia. Los olores de la mujer lo marean. Se contiene, se aleja, vuelve a sentarse a los pies de la cama. Respira hondo. Obediente, a la espera. Es un lugar que no conoce pero que le sienta bien. Él se ocupa del cuerpo de ella, la mente de ella está con su marido.

-Casi –suspira ella.

-¿Qué te hizo? —pregunta el marido con la garganta apretada por el deseo o la angustia.

-Me lamió... allá abajo.

El marido calla. Es un derecho que no ha reclamado, que no sería capaz de reclamar para sí. Ella cree percibir ahora, débilmente, el rezongo apagado de los resortes del lecho conyugal. Se imagina a su marido, boca arriba, tironeando con fuerza de su verga corta y gruesa.

-¿Te abriste así... para él?

-Ahora mismo estoy abierta. Puede hacer conmigo lo que quiera —dice, aunque en realidad, en ese momento cierra las piernas, las extiende, vuelve a colocar sus pies sobre el regazo del hombre.

Él toma un pie y aplica la planta ahí donde la erección levanta la tela del pijama. Ella suspira al sentir la dureza.

-Puso mi pie sobre su miembro, como si lo pisara —dice-. Lo tiene duro, lo acaricio con el pie —dice, y tiene que tragarse saliva, porque se babea.

Jadea. Y oye el aliento encrespado de su marido. Jamás hubiera imaginado que él deseaba oír algo así. La circunstancial distancia y el azar le han enseñado acerca de él más que una década de matrimonio. Piensa que su marido seguramente está pensando respecto de ella algo similar. Navegando en aguas divididas, entre la vista y el oído, entre el cuerpo y la mente, entre el legítimo y el extraño, más allá de la cautela o el temor, la domina el entusiasmo, la sensación de aproximarse a una tierra paradisíaca.

-¿Cómo es? —pregunta su marido.

-¿Cómo es qué?

-Su miembro.

-No lo sé, todavía no lo vi.

Como si esas palabras implicaran una orden, él se para, se abre la robe de chambre y desabotonó la portañuela del pijama. Saca la verga, larga, delgada, suavemente curvada hacia arriba al erector, como una cimitarra.

-Ahora me lo muestra –dice-. Es largo, pero no es grueso como el tuyo. No lo veo todavía, pero adivino que tiene el glande pequeño, de manera que en conjunto su miembro da la impresión de que termina en punta, como un cuerno.

-Nunca lo hubiera pensado de vos... –dice su marido, y calla, buscando las palabras. Ella alcanza a oír el rezongo de los resortes de la cama-. Sos muy... puta –dice finalmente.

-¿Estás por acabar? –pregunta ella.

No responde. Lo siente atrapado en su masturbación. Le da ternura. Quisiera estar más cerca, estar con él. Nunca lo masturbó.

-Poné el teléfono cerca para que pueda oír cómo te lo hacés –le pide.

Ha obedecido, puesto que ella escucha ahora claramente el susurro rítmico de la piel frotada y de la ropa de cama rozándose. Ya no resiste la tentación, se estira y acciona Manos Libres. El susurro, y el jadeo en segundo plano, llenan la habitación. Ella se vuelve y lo mira a los ojos. Parece tan tranquilo. Tiene las manos hundidas en los bolsillos de la robe. La verga desnuda se le tensa una y otra vez como tratando de estirarse hacia arriba. Pero la mirada que cruzan es una mirada cómplice, cómplice en una maldad meramente pueril: la de exhibir la manipulación frenética a que el legítimo se entrega a miles de quilómetros de distancia. Ella no lo soporta. Ha sentido el vértigo de caer en un espacio sin límites, sin arriba ni abajo, sin referencia alguna. Y no es eso lo que quiere. Al oír la voz de su marido frena, clausura aquella ventana abierta al vacío, desactiva el Manos Libres.

-Hacelo vos ahora –oye que pide el marido.

-Pero él está aquí –protesta ella, sin mentir-. Me da vergüenza.

Respira hondo su marido. Es claro que lo ha desconcertado. Sabe lo que va a decir antes de que hable. Habla y efectivamente dice:

-¿Estás inventando o de veras hay alguien ahí?

-¿Querés que le diga que te hable?

-No, no quiero –dice su marido apresuradamente, asustado.

-¿Qué diferencia hace si hay alguien o no? –pregunta ella, como quien anuncia un jaque mate.

No responde. Ella lo conoce, comprende esa imposibilidad de responder. No es la primera vez, aunque fuera por otros temas. Cuando ya no puede responder simplemente se calla, cierra la boca. A cal y canto.

-Escuchá vos ahora –le dice ella, no sin un dejo de ternura, de compasión. Es su marido, lo ama, es el padre de sus hijos, nunca se separaría de él, nunca lo lastimaría.

Sostiene el auricular sobre su pubis con una mano y con la otra se masturba. Un siseo, menos que el deslizarse de una serpiente sobre la hierba. Se abre. El siseo se vuelve líquido. Ganas de dejarse ir. Uno la oye, el otro la mira, con la verga en llamas. Cierra los ojos. Flota. La mirada y la escucha. Completamente erotizada. Se prepara para dejarse ir. Rara vez se masturba únicamente. Sólo cuando no puede dormir, tarde en la noche. De pronto algo le roza los labios. Abre los ojos. Es la cabeza de la verga. Se ha acercado y le ha puesto la verga rozándole los labios. La cabeza es pequeña, es una bolita oscura, le parece la verga de un animal, de un mono. La bolita oscura empuja contra sus labios, insistente y torpe.

¿Qué papel juego yo en esto?, se ha preguntado él, de pronto impaciente, observándola transmitir en directo su masturbación. La ha visto cerrar los ojos y acomodarse abriendo bien las piernas. Ha comprendido que ella iría hasta el final y le ha parecido que este era ya, también, su momento, el momento de rescatar su cuota de placer. Ha acercado su fea verga –él también piensa que su verga es fea- a la fea boca de la mujer y ha solicitado el acceso tajo adentro.

-Me acercó el miembro a la boca –dice ella devolviendo el auricular al oído, su voz es un susurro pastoso-. ¿Querés que se la chupe?

Ella comprende entonces, o alucina, que este es el instante esencial, que su marido debe decir sí, aceptar explícitamente, para reconciliar definitivamente fantasía y realidad, para que se fundan y confundan, para disolver cualquier rastro de engaño, de mentira, para salvar todas las distancias, pero la respuesta no llega, ella repite la pregunta, pero la respuesta no llega. Entonces toma el glande en su boca, lo chupa ruidosamente y ronronea.

-Puta –dice entonces el marido, al borde del clímax.

-Es lo que querías ¿no?

Pero no hay respuesta. Chupa ella ruidosamente. Suelta su marido un jadeo ronco.

-¿Estás ahí? –pregunta el marido desesperado, impotente, remoto.

Ella atrapa la verga por el tallo, desaloja al glande para responder.

-Estoy aquí –dice, con dulzura, como a un niño asustado.

-¿Estás sola? –pregunta su marido con un hilo de voz, ya en la cresta de la ola.

-Estoy con vos –dice ella, y vuelve a llenarse la boca con la verga.

-Dejame verte -dice, a punto de gritar.

-Mi celular está en cero -dice ella, lamiendo la bolita.

-Llamame por Skype.

Ella menea la verga de su one night, mirándolo a los ojos, le sonríe con una sonrisa tranquilizadora.

-No voy a hacer eso -dice.

-¿Por qué? –pregunta su marido, recuperando la esperanza de que todo haya sido solo palabras y que su mujer esté sola en su habitación de hotel.

-Porque él dice que no quiere -dice sagaz y cínica como nunca se imaginó.

-La verdad es que no hay nadie ahí -dice, la voz finalmente relajada de su marido, suspirando aliviado.

-Sí -dice ella, lamiendo la bolita-, estoy sola. Ahora voy a terminar de tocarme mientras él me acaba en la boca.

-Sí, dale, déjame escucharte -acomodándose en la cama, quizá tocándose.

La mujer vuelve a tocarse, ahora profundamente, abre su boca sin labios y saca la lengua. Harto del cuchicheo él la toma por la nuca y se pone a cogerle la boca, despacio pero hasta el fondo. Ella no se resiste. Pero pone una mano sobre la cadera del hombre,

para frenarlo si es necesario. Sin violencia, pero él busca el fondo de su garganta. Mira su verga, casi por entero atrapada y como queriendo huir de aquellos labios severos, cortantes, agresivos. Imagina que más que a chupar, aquella boca le parece decidida a morder, a roer. Remueve la verga contra el fondo de la boca y siente el cosquilleo de la inminencia, el agolparse del semen. Su verga sólo quiere descargarse y huir. Debe esperar a que ella decida... a que lo autorice... debe esperar... o no... no sabe... ni sabe por qué deba esperar.

Ella acerca más el auricular para que su legítimo, allende mares y montañas, oiga claramente los delicados gorgoteos y chapoteos de la cópula bucal que le está siendo propinada a su legítima. Entonces ella no puede más, se retuerce el capuchón del clítoris con una saña que no se conocía, y empieza a gemir. Él se inclina y le mete dos dedos en la concha. Ella manotea el tallo para acomodarse la verga en la boca y poder succionar sólo la cabeza. Los dedos feroces le saquean la vagina. Oye el jadeo, el gruñido de su marido, a punto de acabar otra vez. ¡Su mujer gime en sordina, como con la boca cerrada! No necesita más pruebas ¡la verga que está chupando es real! Aun en medio del vértigo puede oírlo pensar: ya no puede dudar, con ella hay un tipo que le está haciendo lo que se le antoja. Después acaba y revienta en su mente la comprensión de que en realidad no importa si hay alguien allí con ella, y que sólo quiere gozar hasta el final, porque se ha deslizado hacia una delicia más irresistible que cualquier otra, la de saber y no saber, la de caminar por la cornisa, caminar en el aire, no saber si hay o no hay alguien allí. La ama tanto, y cree conocerla tan bien que puede comprender, en medio del vértigo que sacude su cuerpo, que eso es lo mismo que en ese mismo instante ella está pensando.

-¿Te está cogiendo? –consigue articular el legítimo.

-Sólo se la estoy chupando. Voy a acabar.

-Yo también –susurra ya remoto y alejándose hacia un punto ciego en el infinito.

Y gritan ambos. Se gritan desde el auricular en lo más profundo del oído. Los gritos que, certeros, se cruzan por sobre la distancia, revientan la precaria burbuja de sus conciencias. Se derrumban entonces, se deslizan en sus nichos de silencio.

La mujer parece adormecida. Le retira suavemente la verga de la boca. Sólo él no ha acabado. Se mira la verga, enhiesta, agarrotada. Fascinado por el polvo matrimonial a

distancia, se le ha pasado el momento de acabar, se ha pasado de punto. Sabe, sin lugar a dudas que ha alcanzado lo que él –para hablarlo con su mujer, con quién si no- llama La Metaerección, que es una erección que ya no quiere ceder, que no permite la eyaculación, que durará, en fin, lo que se le antoje durar. Intenta tomar de manos de la mujer el auricular para cortar la comunicación, pero ella reacciona, le hace un gesto de que se detenga, de que se aleje. Obedece.

-¿Estás ahí? – pregunta.

-Sí –dice el marido con voz rara, distante.

-Hasta mañana –dice ella.

-Esperá. ¿Qué fue eso?

Ella duda entre dejar para mañana lo que fuera y seguir ya, de una vez hasta el final, hasta donde se pueda llegar.

-Yo me estaba masturbando, para vos. Él se acercó y me puso la verga en la boca. Se la chupé.

El marido calla. Él inventó el juego. Hasta aquí llegaron. Ahora él tiene el resto de la noche para decidir si todo fue un juego de fantaseo o si realmente gozó de saber a su mujer chupando la verga de un desconocido. Ella se pregunta si al día siguiente, al reencontrarse le dirá la verdad o le permitirá permanecer en el alivio y en el goce de la pura fantasía. En realidad no importa, piensa.

-Hasta mañana –dice el marido.

-Ponete el despertador. Que no lleguen tarde a la escuela.

El marido no suelta el último “Chau”. Necesita decir algo más.

-Qué locura ¿no? –dice.

-Muy loco, pero bien –concede ella.

-Mañana te voy a coger toda la tarde –advierte él.

-A las cinco regresan los chicos –dice ella.

-Tírame un beso.

Ella le suelta un beso sonoro.

-Ahora vos —pide ella.

Pero él no lo hace.

-¿Todavía está allí él? —pregunta.

No. No más. Ya basta. Ella le suelta otro beso sonoro.

-Chau —susurra, y cuelga.

Sí, el otro está allí, pero se ha ido a servir otro gin con tónica, la verga desnuda emergiéndole de la portañuela del pijama como un cuerno de embestir que le hubiera crecido en el bajo vientre, tan airosa y rígida que parece como si llevara un dildo sujetado a la cintura. Pasado el momento de pasión, después de regodearse con la noción de que semejante disposición al coito no podía sino considerarla como un halago, mirándola con cierta objetividad, aquella cosa le pareció a ella francamente grotesca, anómala y amenazante. No es normal que un hombre se pasee tan tranquilamente con la verga enhuesta. El pueril temor de que aquella cosa larga, puntiaguda y curvada como el puñal de un sarraceno pueda desgarrarla por dentro cruza su mente y, como la niña que se esconde del monstruo bajo las cobijas, tironea ella del viso hasta cubrirse las rodillas y luego se cubre hasta la cintura con la sábana y la alisa cuidadosamente, como si diera el asunto por concluido y sólo faltara que él se retirara a sus aposentos. Cosa que, en principio, él no piensa hacer. Sabe por experiencia propia que una metaerección no afloja ni aunque se le plante encima una bolsa de nylon llena de cubitos de hielo. Necesita de tiempo y de cariño y del viejo y querido mete y saca para aflojarse. Y puesto que él ha cumplido con su rol en la comedia conyugal, fuera este el que fuese, ahora espera su recompensa. O, al menos, espera que se la nieguen explícitamente. Cosa que seguramente no sucederá. Porque, como dice su mujer, que no tiene pelos en la lengua: ¿quién le niega una chupada a una verga erecta —en realidad ella dice: a una pija parada? Cuando ella incurre en groserías de ese pelo, él le pregunta si eso es lo que aprendió en la escuela de monjas. Eso y todo lo demás, le contesta ella, desafiante. De manera que prepara otro trago y se deja admirar, confiado en que la mujer se avendrá

más o menos fácilmente a dar servicio, o a rendir pleitesía, como lo prefiera, a su obstinado portento.

La verdad sea dicha y es que este tipo de episodio le ocurre cada vez más frecuentemente. Él cree que es consecuencia de la retención del orgasmo a que lo ha inducido su legítima esposa con el especioso argumento de que a ella, para que le valga como uno, tiene que acabar tres veces. La consecuencia es que él termina por distraerse, por irse mentalmente de la cogida, mientras ella cosecha su cuota. Se pone a pensar en cuestiones de trabajo, o en cómo le gustaría pasar las próximas vacaciones y, cada vez más a menudo, termina por pasarse de punto y aterrizar en una metaerección. No es que se queje cuando le sucede: ha terminado por vislumbrar los dominios insospechados del secreto y la delicia que se pueden alcanzar cuando la erección se empaca y no quiere ceder. Recuerda la primera vez que le sucedió. Se asustó. Pensó que algún mecanismo fisiológico se le había trancado, que algún conducto se le había obturado, que algún cartílago se le había agarrotado. En fin, que algo horrible había pasado en algún rincón inaccesible de su cuerpo. Fue su legítima la que le sacó de la cabeza la idea de que aquella anomalía fuera algo necesariamente malo. Por el contrario ella la consideró de inmediato como una verdadera bendición. Él, por su parte, aprendió acerca de su cónyuge más cosas que centenares o miles de polvos unitarios, prolijamente conyugales y razonables en cuanto a su duración. Aprendió que ella podía acabar una y otra vez, sin descanso, a razón de un polvo cada pocos minutos, y que podía estar chupando y meneando una erección por tiempo indefinido, hasta derrotarla. Aprendió también – aunque de esto aún no había sacado todas las conclusiones posibles- que puesta a coger una metaerección, después de un tiempo equis o de equis orgasmos –fracasó en cada intento por llevar la cuenta precisa-, a su mujer la atacaba una severa compulsión de chuparle y lamerle el dedo medio, con tal fruición que parecía haber confundido incomprensiblemente el órgano y la función. *Misterium admirabile*.

Se sienta otra vez en los pies de la cama y le ofrece la bebida. Ella la recibe, pero dice:

-Estoy muy cansada. Si bebo más me desmayo.

Ella ha recuperado la compostura y el tonito formal. Con eso pretende marcarle a su compañero ocasional que se acabó lo que se daba. Pero él retrepa una rodilla sobre la cama, abriéndose de piernas, empuña la verga desnuda y apoya contra ella el sudor del

vaso. La refresca, digamos, pasada de temperatura como está. Ella lo mira hacer. Le cuesta creer la persistencia perfecta de la erección. Parece verdaderamente un aplique, una prótesis, algo artificial. Deja su vaso sobre la mesa de luz y, nerviosa, seca en sus dedos, frotándose los, la humedad que les dejó el vaso.

-Muy impresionante –balbucea para sí, esforzándose por apartar la vida del fenómeno sin conseguirlo.

-Mmm... sí... -coincide él bebiendo un trago pero devolviendo de inmediato el contacto húmedo y fresco al animalito que ha dado un par de saltos, encabritado.

Tiene clarito el absurdo que implica estar ahí sentado mostrándole la verga dura como una estaca a esta mujer con la que ha compartido toda una jornada de trabajo sin cambiar una palabra amable. Pero es que después de lo que acababan de vivir podía, sin duda, mantener una actitud digna, pero no hacerse el pudoroso.

-Estuvo intenso lo de ustedes –dice después.

-Muy intenso. Nunca antes –responde ella, telegráfica.

-Sí, era evidente –dice él. Bebe otro trago mientras menea con mano distraída la metaerección. Agrega:- Me dio gusto participar.

Ella calla, prendida su mirada del masaje perezoso. Realmente parece como si acariciara a un animalito que ha venido a dormir sobre su regazo. Pero el orgasmo que alcanzó le parece que ha sido suficiente. Quiere que el hombre se borre, que desaparezca, para reaparecer quizá, en todo su detalle, cuando algún día, necesitada de una paja para dormirse, lo convoque en el recuerdo. De su real realidad le parece que ya tuvo suficiente.

-No necesitábamos ni una puta ni un gigoló –dice él con una sonrisa discreta y ceremoniosa, como de mutua congratulación, como de colegas que han coincidido en sus opiniones.

Ella sonríe. Y entonces ¡oh, sorpresa! toma nota, de pronto, de que su concha ha recomendado el boqueo. Yo no, piensa, pero ella ¡se quedó con hambre! ¡No me alcanzó con el masaje, quiero esa pija!, le parece que vocifera su vulva gesticulante. Y

de sólo prestar oídos a la demanda siente que allí abajo todo termina de aflojársele y de anegarse.

-Es cierto –concede y suaviza el tono tanto como puede tratando de sonar dispuesta a lo que sea.

-Somos novatos pero con garra –dice él cauteloso con las palabras como un japonés.

-¿Usted... vos también sos novato en esto?

Él inclina la cabeza en signo de asentimiento.

-Novato –insiste-. Pero con garra.

-Es raro... -dice ella-, quiero decir... es una extraña coincidencia.

-Sí, es raro. Todo ha sido muy raro.

-Tu... tu miembro es raro –propone ella.

Él sonríe, ahora abiertamente.

-Sí, es raro. A veces se le tranca un poco el engranaje. Pero no es agresivo. Sólo quiere cariño.

Ella también sonríe ahora abiertamente. Mejor así, piensa, no estar tan rígidos.

-Démosle cariño entonces –dice él, pasando a los hechos.

Bebe el resto de su trago y deja el vaso sobre la mesa de luz. Luego, tironeando muy suavemente, quita la sábana de encima de las piernas de ella. Tiene la verga tan rígida que ni cabecea. La boquita emboscada entre las piernas de la mujer boquea con tal ansiedad que a la mujer se le eriza la piel de los antebrazos, la respiración se le corta, se le colorean las mejillas.

-Tu sexo es tan hermoso... mostrámelo otra vez –pide él.

-No es hermoso –dice ella-, es como una gran babosa carnívora.

No le importa decirlo. Mañana por la mañana él habrá desaparecido, quizá para siempre, y será como si nunca le hubiera mostrado a nadie su horrible vulva gesticulante. De manera que, muy ligera de espíritu, recoge las rodillas y luego las

separa, mostrándoselo. Como un vampiro alcanzado por la luz del día la babosa se retuerce.

-Parece... viva –balbucea él, fascinado, y empuña con fuerza la verga, como si fuera a masturarse.

-Tu miembro también parece tener vida propia –dice ella.

-¿Vida propia?

-Sí. Se ve caprichoso, obstinado, un pequeño dictador.

-Sí –concede él-, no sé si vida, pero tiene voluntad propia y es muy difícil llevarle la contraria.

-Me pasa igual. Quiero decir... ya la ves... sólo le falta hablar.

Se dan cuenta de pronto que actúan como dos chiquilines que comparan sus genitales. Absurdo, piensa ella, quién sabe qué hora es, estoy planchada de cansancio... Y sin embargo, por primera vez se sentía a gusto con su secreta vergüenza. La mirada de aquel extraño la hacía sentirse orgullosa, o casi, del descontrol gesticulante de su concha. No menos orgulloso se sentía él con aquella inesperada presentación en público de la peculiaridad con que eran castigadas sus distracciones de durante el coito.

El momento es mágico y se expande, se extiende, como si el tiempo pudiera llegar a detenerse. Él empuja el tallo hacia abajo para que la mujer pueda ver mejor la hendidura del glande, tan profunda que parece un tajo. Casi parece que tuviera dos glandes. Del tajo emergen gotitas cristalinas.

-Mirá –dice él, como si fuera algo raro-. Lubricante.

Ella se lleva una mano a la entrepierna, con dos dedos separa los labios, dejando a la vista lo profundo del canal, rojo y húmedo. Se recuesta más, se acomoda sobre su espalda.

-Vení –dice.

Quiere llenarse con el cuerno feo y rígido. Lo quiere clavado en lo profundo de su cuerpo. Ya no le importa si le desgarra las entrañas. Él se saca la bata, se saca el pijama, se arrodilla entre sus piernas. Con esa verga demente le parece a ella un sacerdote que

fuerza a oficiar un rito de sangre. Emboca la punta y la flor carnívora se cierra de inmediato sobre la presa arrastrándola hacia sus profundidades. El largo completo se desliza cuerpo adentro. Grita al sentirse completamente invadida. Invadida como nunca se había sentido. Una verga era para ella un animalito tierno y acariciador, hasta que este puñal ritual se ha abierto camino hasta su alma. Siente como si aquello que le llena el vientre estuviera al rojo vivo. La impresión es tan intensa que le pide que lo saque. Él obedece. Retira despacio todo el largo, hasta que al final salta fuera, como si tuviera un resorte, con la bolita de piedra negra brillante por los jugos con que se la ha bañado. Ella respira hondo. Extraña confusión de sensaciones: le parece que la verga la ha arrasado, la ha quemado por dentro.

-Dios querido... –balbucea-, qué belleza... atroz...

Él siente que todo cambió. Que de la mujer común y corriente, de fea boca, emana de pronto un magnetismo erótico irresistible. Le levanta las piernas, coloca los brazos por debajo de las corvas y desliza otra vez la verga cuerpo adentro. Hurga en la mirada de la mujer antes de empezar a cogerla. Encuentra una extraña mezcla de lujuria y pavor. ¿Esta es la mujer toda control y meticulosidad con la que cruzó opiniones contradictorias un rato antes en la mesa de trabajo de la Comisión? ¿Esta diosa voraz que goza de sólo verse abierta, inmovilizada, expuesta ante este extraño de verga siniestra que se apresta a cogerla hasta reventarla? Es que de esto se trata cogiendo fuera de casa, alcanza aun a pensar él, de sacar a pasear al otro que también somos, al erotómano impenitente que todos escondemos. Y ya no piensa más, porque sus caderas arremeten, cogiendo a la mujer como comprende que ella quiere ser cogida: como si de saquearla se tratara.

Y no se detiene. Quizá sí, quizá ahora pueda acabar. Sólo se oyen los chasquidos húmedos y los gemidos de ella, gemidos de nena que cierra los ojos para no ver la película de terror, de nena que se siente ya a un paso del abismo inevitable. De pronto la mujer abre bien abiertos los ojos y la boca, retiene la respiración. Lo mira como sólo se puede mirar al que va a cortarnos el hilo de la vida, a sumirnos en el apagón total, o al que representa todo lo bueno y lo malo que la vida nos tiene programado.

-¿Querés que lo llamemos ahora? –gruñe él-. ¿Querés compartir con él este momento? ¿Eh? ¿Ahora?

Pero no hay más respuesta en la mujer que la mirada estupidizada por la inminencia del polvo. Abriéndola cuanto puede acelera la cogida. Restallan sus pieles con cada puntazo. La mujer grita, un grito a medias, un grito en suspenso, grita un silencio empavorecido, como si hubiera sentido que finalmente la broca de piedra negra ha taladrado el último tegumento. Pero él no se detiene, la coge sin medirse, sin medida, la coge a muerte, furioso porque no siente que se haya acercado a su propio orgasmo. Suda, las gotas de sudor se deslizan por sus flancos, pero no siente que vaya a derramarse.

-Dale, llámallo, para que escuche cómo te hago gritar.

-No. No. Yo sola. Acá. Con vos –balbucea con un hilo de voz, como quien apenas consigue escupir los fragmentos de una orden.

Y entonces suelta la garganta, completamente abierta, dejando escapar de su cuerpo el grito como si toda una capa de locura se le escapara, se le desprendiera del alma. Grita sin defensas, dejándose arrasar por el orgasmo, dejándose arrastrar lejos, lejos, hasta allá donde ya no puede ni percibirse a sí misma, ni contenerse, ni detenerse, perdida de sí finalmente.

Él sigue cogiéndola hasta que ya no hay en ella respuesta alguna. Sólo entonces, empapado en sudor, se detiene. Retira la verga, insobornablemente erecta. La menea despacio, con mano dura, sólo la punta, como queriendo exprimirla, aunque sabe que es inútil, que todavía no, que habrá que tener paciencia, que tendrá que haber más de lo mismo, sí o sí, apenas la mujer se recupere.

Ella, exhausta, apenas alcanza a verlo, borroso, por entre sus párpados semicerrados. Lo ve de rodillas entre sus piernas, erguido, masturbando la punta de la verga, con un gesto de furia y frustración en sus labios. Espera que las gotas de semen bañen su vientre, pero no sucede. Cierra los ojos. Se afloja. El hombre se tiende a su lado, jadeante.

-¿Qué pasa? –pregunta ella con un suspiro.

Exhausta o no, comienza a preocuparse. Su one night parece no fluir del todo bien. El inconveniente que se presenta, que ya no está segura de que sea tan halagador para ella, no estaba en ninguno de los libretos imaginados. La erección sigue intacta, la verga

sigue tensa como el arco antes de soltar la flecha, vibrante como si estuviera por arrancarse de cuajo para salir volando, esforzándose por apuntar al techo como si jalara de ella un imán para vergas, saltando sobre el vientre del hombre como si fuera un cachorro de canguro de una rara especie tubular.

-No es nada –dice él, incapaz de ponerse a explicarle que padece de metaerecciones por distracción-. Es que me gustás mucho. Estoy muy excitado.

Se vuelve hacia él, le habla dulcemente, o tan dulcemente como sabe, susurrando casi en su oído. Se despierta en ella la mujer nurse, la mujer madre. De ninguna manera quiere ser desagradable con él, a menos que sea estrictamente necesario. Pero es una mujer práctica, y tiene que levantarse muy temprano, de manera que decide tomar en sus manos –literalmente- la responsabilidad de lidiar con la persistente y a esta altura de las cosas ya inoportuna erección.

-¿Qué querés que haga para ayudarte? –le pregunta, yendo al grano-. Estoy muy a gusto con vos, pero viajo muy temprano.

Y mientras habla su mano se desliza insinuante sobre el muslo del hombre hasta empuñar la verga, sobre la cual los jugos de su vagina han estado enfriándose. La dureza de la erección la sorprende: parece una verga de madera. Desliza la mano hacia los huevos: le parecen de piedra.

-Uf, qué belleza de verga, nunca vi nada igual –suspira, decidiendo confiar en el poder de la palabra, cosa que rara vez, excepto con los niños.

Se arrodilla al costado del cuerpo del hombre. Pone manos a la obra. Con la palma de una mano acuna los huevos de piedra, masajeándolos suavemente. Con la otra mano masturba: arriba, un poco tironeando del prepucio; abajo, un poco sacudiendo con firmeza el tallo desde la base para que se desobture, como quien sacude un nogal para que caigan las nueces; arriba otra vez, un poco como exprimiendo una fruta para que rezume; y abajo otro poco, desde bien abajo, como quien vacía un tubo de pasta dental, y acelerando, poniendo brío, como si ya subiera a paso triunfal la columna de mercurio, como si los signos delataran inequívocamente que el final es poco menos que inminente. El resto del cuerpo del hombre se difumina hasta desaparecer, sólo queda la larga verga jadeante, lanzada a la carrera, como un galgo agotado, hinchadas las venas como para reventar, negra la cabecita de piedra por la congestión, empeñada en escupir

por su tajo el producto de aquellos huevos duros e hinchados. Todo en el universo mental de ella se reduce a eso: lograr que el semen salte, o que se vierta sobre su mano si viene demasiado espeso, pero que impregne el aire con su olor, que se vierta hasta vaciar los huevos, hasta que la verga se encoja y la deje ir a dormir, dormir, para despertar y volar de vuelta a casa.

Pero todo lo que tanto frotamiento y tanta ansiedad terminan por producir lo producen no en el cuerpo de él sino en el de ella. Tanta inminencia, tanto asomarse hasta el borde de la cornisa la han ido empujando hacia las proximidades de un nuevo orgasmo. El cuerpo del hombre es el altar del Demonio, y su verga soberanamente invencible, y fea como un diablo, está ahí para que en ella se auto-inmolen los adoradores, de manera que les sea concedida la lluvia blancuzca, milagrosa y tóxica. Como se comprenderá, abandonada a semejante delirio, cuando volvió a zamparse la verga hasta el fondo de la garganta, ya no atendía tanto al alivianamiento de su sufrido partner como al suyo propio.

Él la mira hacer. Se coloca un par de almohadas bajo la nuca para mejorar el ángulo de visión y observa apreciativamente la entusiasta faena. Sabe que no está ni cerca aun de la meta, pero sabe también que el camino hay que recorrerlo. Aprecia la voluntad que ella pone, voluntad de kamikaze en realidad, que no logrará sino depararle a ella un par de revolcones aun, mismos que él no tiene intención de ahorrarle. Su peculiar condición le ha enseñado a deleitarse en la belleza que hay en una mujer que se despeña de orgasmo en orgasmo. Adopta, pues, una actitud contemplativa, con la paciencia y con el deleite que sus metaerecciones le han enseñado. Cualquier cosa, en todo caso, menos irse a dormir en este estado. Lo hizo una vez y se despertó en medio de la noche con calambres tan dolorosos que creyó que estaba por mear piedras, y para mear tuvo que encerrarse en el cubículo de la ducha, porque el chorro le salió en cualquier duración, como el de la manguera de los bomberos en los dibujos animados.

Mirando a la mujer empeñada en su tarea piensa que una buena esposa y una buena puta deben de tener eso en común: la habilidad, la practicidad, la eficiencia para aliviar al hombre, para aplacar sus ímpetus y conseguirle un descanso profundo. Es puro oficio, habilidad, piensa, y les da gusto, por supuesto, exhibirlo y ejercerlo con propiedad. Claro está que en su comparación toca de oído, compara por lo que ha escuchado contar a otros, porque en realidad él no ha estado nunca con una puta. La comparación que se

le ha ocurrido mientras observa a la mujer babeándose mientras masturba, expresa en realidad anhelos profundos, que no sabría expresar, o, mejor dicho, que si supiera expresar lo dejarían bastante sorprendido. Oficio, piensa, es la delicada eficiencia de las manos al manipular la verga, los movimientos circulares, remolones de la mano, y los cambios de ritmo, y los chupeteos en el glande y los lengüetazos en el frenillo, y los mordiscones, todo en una alternancia carnavalesca que lo irrita y lo hace ilusionarse quizá con que la mujer consiga arrancarle un polvo de raíz, enterito, redondito, sin regustos ni resaca de ansiedades. Qué demonios, concede exaltado, esta mujer no tiene la paciencia de mi legítima, pero tiene la habilidad de una masajista, o de una enfermera. Y así divaga, distraído por la contemplación de la empeñosa faena como se distrae el viajero contemplando los detalles de un paisaje, cuando de pronto la ve descontrolarse, zamparse la verga hasta el fondo de la garganta, estremeciéndose de inmediato, recorrida de cabo a rabo por un nuevo orgasmo. Y así queda una vez más, derrotada, empalada por la boca, boqueando en la orilla como un pez que se ha tragado el anzuelo, apoyada la mejilla y babeándose sobre el vientre del hombre.

No, no es posible, no puedo más, piensa la mujer mientras se desliza hasta quedar una vez más tendida junto al hombre, los ojos cerrados, completamente laxa, sin fuerzas ni para levantar una mano, un dedo. Sencillamente cuelga de la nada, sintiéndose puro espíritu, vaciada de todo peso, de toda energía. Sólo siente cómo su respiración se va haciendo más lenta y profunda, deslizándola irreversiblemente hacia el sueño, incapaz ya de respirar hondo, de sacudirse la modorra. Ya no le importa qué haga él con su verga erecta, especie de estúpida prótesis de madera. Fin de la prestación. Lo lamenta si no ha sido suficiente hembra para semejante supermacho. Se pregunta si puso el despertador. No, no lo puso. ¿Y los juguetes para los niños? No puede volver sin los juguetes, nunca lo hizo. Forman parte esencial de todo el ceremonial de los viajes de mamá. Se pregunta si tan tarde todavía funcionará la venta telefónica. En todo caso algo habrá en el free-shop del aeropuerto. Siempre hay algo. Y si no hay, serán golosinas. Y después será su marido, esperándola en la puerta de salida del aeropuerto, todo sonrisas y mimos y zalamerías. El episodio de anoche fue inédito, pero ella conoce muy bien la manera en que él reacciona cuando las cosas lo superan: las guarda en un frasquito, las pone en el refri para ir estudiándolas, sin apuro. La va a tratar más que nunca como una princesa y esa va a ser la manera de pedirle que no hablen del asunto. Y ella no lo va a hacer, no necesita hacerlo. Lo que es, es, y no puede dejar de ser. El asunto saldrá,

quizá, del refri en su próximo viaje. Él querrá otra sesión de sexo telefónico. Y ella, quizá, ahora que sabe lo fácil que es ceder, tendrá otro hombre en su habitación. Uno preferiblemente sin erecciones demoníacas. Pero ¿cómo sabe una de antemano? Este, en todo caso, no volverá a ser, aunque la Comisión volviera a sesionar en breve, porque bien claro dejó él que participaba en tanto suplente debido a una pasajera indisposición de salud del titular. Gira apenas la cabeza y entreabre los ojos para mirarlo. Seré justa, piensa. ¿Encontraré alguna vez un partner tan correcto, tan complaciente y tan discreto como este? Ahí sigue, ahí está, tan tranquilo, las manos entrecruzadas bajo la nuca, mirando al techo como si mirara las estrellas, la verga vibrante, implacablemente encabritada. Una verdadera Furia de la Naturaleza, piensa ella. ¿Debería darle lástima? ¿Es un enfermo? ¿Esto le pasa siempre? ¿Cómo se las arregla su mujer? ¿Padece de priapismo, de ninfomanía, de satiriasis? En realidad la hubiera tranquilizado en ese momento poder pensar que no, que en realidad se trataba de una metaerección, producto de una simple e inoportuna distracción que le impidió acabar en el momento adecuado. Nada grave, algo pasajero si se es capaz de controlar la tendencia a las distracciones inoportunas. Pero, en fin, ella no estaba ya como para detenerse demasiado en el tema. Enfermo o distraído, aquella verga soberana y tosca como un puño apretado, no era menos fascinante, sólo que ya no más. Cerró los ojos. Tenía que dormir.

Él ha captado de reojo la mirada de la mujer. Después ve cerrarse sobre ella las aguas del sueño. Sintió que se quedaba solo con la bestia en plena furia. ¿Qué hacer? Él no conocía otra forma de salirse de la metaerección que dándole uso, hasta el final. Pensó en llamar a su mujer. Ella sabría darle un consejo. Sonrió al recordar lo poco que le había llevado a su mujer llegar a ver en aquella inofensiva y simpática anomalía lo que realmente era, una ocasión para la glotonería sexual, para alcanzar lo que ella misma llamó El Paraíso de las Damas, es decir: el orgasmo perpetuo. Sonrió al recordar con cuánta maña era ella capaz, ya al borde del colapso, de abatir a la bestia. Monstruo, acostumbra musitar al caer en la inconsciencia, no menos vencida ella, pero también vencedora. Qué bueno sería tenerla ahora aquí, piensa. Ella se haría cargo del problema y lo consolaría con esa dulzura juguetona tan suya. Mujercita calentona. Si no tiene uno, dos o diez amantes, cavila, si no cede a cada uno que le plazca y que se le ofrezca, es porque tiene interiorizada quién sabe qué ética sexual: ella nunca heriría a su marido, nunca mancillaría sus sentimientos. Nunca tomaría amantes a menos que contara con una autorización explícita, dada mirándose a los ojos, por amor y por el bien de ambos.

Le encantaría seguramente, y oferta no le faltaría, porque los hombres sensuales reconocen sin equivocarse a las mujeres sensuales, incluso a las que menos lo parecen. Dulce y hogareña como es, puede imaginarla, y de hecho en este mismo momento la imagina, atendiendo a su profesor de tenis, y al fisicoculturista que dirige la sala de aparatos, y hasta al desaliñado encargado de la cantina del club, que la mira –a ella y a todas las socias del club- como si fueran, todas, putas de lujo. Ama a su mujer, pero la sabe muy capaz –y deseosa- de incurrir en adulterio, en promiscuidad, y hasta en orgía. Razón por la cual está muy seguro de que se avendría sin duda alguna a solucionar el problema en que lo ha dejado solo y abandonado la dizque diosa de la boca fea. Dios te bendiga, piensa, me has dado hijos y los has criado maravillosamente, mal no te haría ser un poco vos misma, sin limitaciones, antes de que se te pase el cuarto de hora. A nadie le harían daño tus expansiones, no a mí te lo aseguro, y menos aún a ti misma. Comprende entonces él que si hasta ahora nunca le ha hablado así a su mujer, si no le ha dicho esto, ha sido, en realidad, por no escandalizarla.

Por debajo de una delgada capa de sueño, no completamente cristalizada -¿cómo podría estarlo con un extraño en su cama, cosa que nunca, y un extraño además tan ferozmente abocado a seguir deseándola?- , ella se hace preguntas que se diluyen en la vasta oquedad del sueño antes de concretarse del todo la respuesta. ¿Cómo fue que llegó a esto? ¿En qué momento de la larga jornada de trabajo se le ocurrió –o deseó- que esto pudiera suceder? Por supuesto que ella pensó en la posibilidad. No es adúlera ni promiscua, pero eso no quiere decir que no se le antojen algunos de los hombres con los que se cruza –todos ellos prolijos y respetuosos burócratas no menos ansiosos que ella de transgredir, de salirse del redil un poco. Y él era, ciertamente, sin ser guapo, el más apuesto de los integrantes de la Comisión. Por lo demás era la primera vez que participaba, y la novedad siempre excita. ¿En qué momento pensó, por fantasear nomás una vez más, sin intención real, en la posibilidad de tener sexo con él? En la Comisión tuvieron posiciones encontradas. De hecho fue su veto el que dejó sin efecto el proyecto de resolución que ella había propuesto. Apenas cruzaron un par de miradas fugaces en todo el día, miradas por encima de los anteojos de leer, que ambos sujetan casi en la punta de la nariz. Pero ¿había ella experimentado con alguna certeza la impresión de que habría de ser con este fulano flaco, sin mayor gracia, lacónico, que rompería el cascarón, por decirlo de alguna manera, que pondría entre paréntesis su ya larga conyugalidad, y volaría, por decirlo poéticamente, aunque más no fuera por un rato,

fuerza del claustro matrimonial? No, para nada. En principio no había sido más que otro fulano con el que fantasear fugaz e impunemente, olvidado antes de tocar tierra de regreso a casa. ¿O no? ¿O, sin que ella fuera consciente, todo había estado escrito desde el primer momento? Porque cuando finalmente él le habló –le dijo la palabra “vecinos” en el elevador- ella supo lo que pasaría y no dudó, o si vaciló, apenas un instante, fue por pura coquetería. ¿Para qué mentirme, se preguntó, si en realidad estaba pronta para lo que fuera y con quien fuera? ¿Para qué mentirme si de todas maneras voy a pasar con buena nota cualquier auto-examen que me haga?

Él sale de la cama, moviéndose suavemente para no despertarla. Llena su vaso una vez más y bebe con verdadera sed o como para, de una buena vez, caer redondo. Se acerca al enorme ventanal en el que la noche es un enorme tablero de luces fijas y luces móviles. Ella lo mira abriendo apenas los ojos. Aun completamente desnudo y empalmado a más no poder, el hombre flaco y muy blanco no es sino un burócrata. Desnudo se mueve como si estuviera de traje. Piensa que le gustaría conocer a un hombre que, de traje se moviera como si estuviera desnudo. El hombre vacía su vaso con otro trago largo, sediento. Se le ocurre pensar que ese hombre en realidad no es más que su obstinada verga, curva como una cimitarra, que vive para aplacar una y otra vez a su insaciable verga, tarea tan imposible como verter toda el agua del océano en un hoyito practicado en la arena. Ridículo supermán súper-potente, piensa ella intoxicada por sus sucesivos orgasmos. Vencedor de todas las mujeres, no hay concha que pueda con vos. Piensa eso y sonríe, porque no puede evitar pensar en las performances tiernísimas y desfallecientes de su legítimo esposo. No que no las aprecie, hay momentos en que son exactamente lo que podría desechar. Es cierto que al principio, desconcertada por la fugacidad del momento mágico que le ofrecía su marido, se quedaba de a pie. Pero después aprendió a ajustarse a lo posible y alcanzar su felicidad, sin mucho margen ni mucho regodeo, como se dice: en el anca de un piojo. Formas de la armonía conyugal. A ella no le pesaba. Todo está bien si termina bien. Y bien, es bien. No más.

La tremenda erección parecía concentrar y consumir toda la energía que tuviera en el cuerpo. Parecía como se fuera a llevar al hombre volando a través del ventanal hacia aquel otro mundo de inmensidad, luces y noche. El hombre no parecía dispuesto a abandonar su dormitorio. Tendría que echarlo. Le parecía horriblemente grosero y egoísta, pero no veía cómo si no, acceder a su derecho al sueño. Es por eso

seguramente, pensó, que la gente prefiere, cada vez más, el sexo pago. Nadie tiene ya tiempo para sentimentalismo ni para vergas obstinadas. ¿Cuánto es? Tanto. Y se acabó la historia. ¿Qué hacer? ¿Ofrecerse una vez más en sacrificio advirtiéndole que esta vuelta era la última? O sea, de última, negociar, que era aquello a lo que ambos se dedicaban en tanto profesionales. Pero negociar con firmeza: tres polvos al hilo era definitivamente el límite de sus fuerzas, sin importar su voluntad o sus intenciones.

Estamos en el Reino de la Noche, divaga el Unicornio parado al borde del abismo del que lo separa lo que no le parece sino una capa más densa de aire. No se ve una sola silueta humana desde la altura, sólo automóviles velozmente lanzados en busca del corazón de la Noche. Siente vértigo. La atracción del abismo. Por un instante imagina lanzarse con el hombro contra el vidrio para saber si resiste. Imagina el vuelo. Diez segundos de caída. Basta. Ojalá estuvieras aquí, le dice telepáticamente a su cónyuge que seguramente duerme, a miles de quilómetros de distancia. Se vuelve hacia la mujer. Tendida en la cama, semidesnuda, perniabierta, exánime, lo mira con ojos remotos. Pobre, piensa, no puede más, qué lamentable arrastrarla a esto. Probablemente ella, al aceptar su propuesta, sólo había querido un jugueteo liviano, frívolo para aflojar las tensiones del día y conciliar el sueño. ¿Qué podría hacer para liberarla, para dejarla en paz? ¿Llamar a la emergencia médica? No, por Dios, antes muerto. A saber qué se les ocurra hacer conmigo. Lo sabe por experiencia: desconocen el tema, no tienen protocolo para una metaerección, no saben qué hacer, sólo se les ocurriría inyectarle calmantes.

Se esfuerza por controlar la ansiedad. Se acerca, se sienta en la cama, pone sobre la mano de la mujer una mano que quiere ser suave y serena, ligera como un pájaro que se posa sobre una rama, una mano protectora, de camarada, de amigo, una mano solidaria que dice: sí, a mí también todo esto me parece torpe e incómodo.

-Necesito dormir –protesta ella débilmente, pero con dulzura.

Él respira hondo, hondísimo.

-Yo también –dice, como si ella fuera en alguna medida culpable de la situación.

A ella, inevitablemente, esas nueve letras le suenan como una amenaza.

-¿No hay otra manera? —pregunta ella, y hubiera querido agregar: como conseguirte una puta, pero no lo hace, porque a pesar de todo, le parece una grosería para con un tipo que, finalmente, es amable y correcto.

Qué penoso, piensa él. Y todo por pasarme de punto. Pensar que hay quienes controlan, y aplazan cuanto quieren el final, y no les pasa esto. A él también se le ocurre cambiar de carril, irse a su habitación y conseguirse una puta, pero no, se dice, es imposible. Imposible salir de la habitación en este estado, ella se daría a cuenta de que iba por una auxiliar, no es ninguna tonta, sería una grosería para con alguien que, finalmente, es amable y correcta, y puso todo de sí.

-No que yo sepa —dice-. Es que no es algo físico. Es... mental —explica una vez más.

Lleva la mano de ella y la deposita sobre el portento. Ella lo empuña. Duro y seco, como de cuero, agresivo.

-¿No te gusta? —le pregunta.

-No es eso —dice ella, aunque, en efecto, no le gusta, le parece fea comparada con la verga retacona, sonrosada y suave de su legítimo, tan suave que aun cuando está dura, con el elegante casquete airosamente desplegado, parece blanda-. Es que estoy muerta.

La mujer separa un poco las piernas y a él le llega el aroma del sexo dormido y abierto, de improviso, como nos llega el olor de la tierra mojada cuando empieza a llover. El aroma del cuerpo abierto, usado, el aroma del orgasmo, un olor como a flor desmayada. La vagina de su legítima huele igual después de coger, quizá un poco más picante, más silvestre.

-Huele bien tu sexo —dice, inclinándose y llenándose los pulmones.

Las palabras del hombre le sueltan un aleteo en algún lugar, quizá en las puntas de los pezones. De chica tampoco le gustaban sus pezones. Ya entonces eran grandes, rugosos hasta parecer costráceos, y oscuros. Como su vulva, le parecían animalescos, dignos de ser ocultados. Su legítimo, ciertamente, se los ignora.

-Tu pene es maravilloso. Es lo que quieren todas las mujeres. Un miembro que nunca se acaba —dice, suavecito, y su mano, apreciativa y solidaria, inicia un mínimo meneo.

-Pero se le aplica el dicho según el cual hay que cuidarse de los deseos, porque podrían convertirse en realidad –bromea él.

La mujer lo mira y sonríe. Él pone la mano sobre el plumón. Lo acaricia. Ella suspira. Separa un poco más las piernas. La vulva gesticuladora dormita. Él desliza el dedo medio entre los labios apretados.

-Estás seca –dictamina.

-¿Qué esperabas? Hay una crema de manos en el cajón –dice señalando hacia la mesa de luz.

Él la toma. Se embadurna la verga de abajo arriba.

-Sacate el viso –le pide.

Ella obedece, como en cámara lenta. De rodillas sobre la cama lo mira hacer.

-Vení, parate –le dice, súbitamente ansiosa.

Él lo hace y ella empuña la verga. Masturba. La mano se desliza suavemente. Masturba desde bien abajo hasta bien arriba, con rapidez, con firmeza. La verga parece desperezarse, estirarse más.

-Ah, me encanta –dice ella y acelera el magreo.

El aleteo ya le recorre el cuerpo, como un pájaro que, atrapado en una casa, erra de habitación en habitación.

-Me encanta esto. Puedo llegar a enviciarme –repite.

-¿No se lo hacés a tu marido? –pregunta él.

-No puedo. Eyacula enseguida. Y la tiene muy corta. No es cómoda... –dice, conteniendo un poco el jadeo, y para explicitar totalmente su delicia frena y recorre muy lentamente el largo.

-Qué pena –se compadece él mientras siente cómo la excitación concentrada en la metaerección poco a poco comienza a dispersarse por todo su cuerpo. Ahora sí, piensa: buenas noticias.

La mujer tiene la boca abierta y jadea fuerte. Se lanza a masturbar al borde del frenesí. Él le tantea los pezones. Ella gime. Los dedos de hombre, inéditos en sus pezones, la lanzan a otro vértigo. Él adivina, intuye.

-Divinos pezones –dice-. Como de amazona.

Ella vuelve a gemir. Él retuerce un pezón. El cuerpo de ella se tensa. Suspende el meneo, desconcertada.

-No pares –dice él.

Ella retoma. Él retuerce los dos pezones hasta tocar el dolor. Ella gime. Masturba con fuerza, al borde del descontrol. Una sola certeza en la mente de él: está a punto de acabar. El piso empieza a desaparecer de debajo de sus pies. Sus manos aferran las tetas de la mujer, estrujándolas hasta la brutalidad, como si ellas fueran lo último que lo ata al mundo, a la conciencia, a la realidad. Cuando sus manos se abran flotará, ascendiendo, explotará, estará al fin libre de la tortura rígida... Pero entonces la mujer se detiene. Lo mira con ojos bien abiertos de enloquecida, de loca.

-Cogeme ahora –exige.

Él quisiera gritarle que siga masturbándolo, que están a pasos de la libertad. Pero en su mente todo es confusión, todas las operaciones están en suspenso, no podría explicarle nada. Obedece, exigiendo.

-Por detrás –dice.

Ella se pone en cuatro, rápido, separa las rodillas. La vulva se le ha abierto completamente. Él acerca el cuerno, pero antes de que llegue a embocarlo la mano de ella aparece entre sus piernas, lo aferra y culeando fuerte y rápido se lo hunde en el cuerpo. Grita de placer. Ella lo coge, dándose las nalgas contra su vientre y gritando como grita una niña a la que le han quitado todos sus juguetes. Está completamente fuera de sí, incapaz de controlarse. Sólo sabe que ahí, a la vuelta de la esquina, la espera un orgasmo tal como nunca conoció, un salto al vacío en el que adivina ya la verdadera suma de todas las felicidades que sea posible alcanzar cogiendo. Él se inclina sobre su espalda y le atrapa los pezones, los retuerce como quien espolea a su bestia. Ella galopa el cuerno como quien sube corriendo una montaña indeciblemente alta. La frenética cogida de la mujer lo reconduce al punto en el que el agarrotamiento de la excitación

comienza a dispersarse por su cuerpo, a dejar paso al torrente que siente que le baja por el centro de la espalda y que se prepara para eyectarse verga afuera desde sus huevos.

Se deja coger, entregado, lastimando los pezones como una contribución al caos inminente, seguro de que nada que pudiera agregar podría perfeccionar la voracidad de la cogida.

-Ahora sí, ahora sí –se oye gemir con la garganta reseca.

Pero entonces la mujer se para en seco, clavada hasta el fondo, alza el hocico al cielo y suelta una A infinita, una A que modula y remodula una y otra vez, sin solución de continuidad, pasando de la risa al llanto y viceversa en algo que es la vez expresión de un placer indecible y canto fúnebre. Después, de pronto, calla, la gana un silencio perfecto, queda con los ojos y la boca abiertos, como si estuviera viendo aquello que ni en un millón de años de sabiduría hubiera podido imaginar, y se derrumba, total y definitivamente fuera de combate, knocked-out, desmayada, o muerta.

Atónito, con la gran verga erecta bañada en cremas para manos y fluidos vaginales apuntando al techo, inoxidablemente rígida, no puede comprender que otra vez la mujer lo ha lanzado por la borda en el momento justo en el que podía zafar, liberarse de la pesadilla, de ella. Para la mujer es el apagón total. No hay resquicio alguno por el cual pudiera atisbar la situación en que se encuentra su peculiar aventura extraconyugal. Se terminó, piensa él, viendo que en la mujer no hay señal alguna de conciencia. Se asusta un poco. Se pregunta si no se le habrá reventado algo, si algo no le habrá dejado de funcionar, el corazón, o el hígado, algo. Se pregunta si en caso de que tal cosa hubiera sucedido la metaerección cedería. Quizá cediera si él reaccionara llamando para pedir ayuda. Pero seguramente que no cedería si en lugar de hacerlo él se fuera a su habitación y mantuviera cerrado el pico. ¿Se pregunta cómo reaccionaría si la mujer estuviera efectivamente mal? Pone boca arriba a la mujer, que sigue tan inconsciente como se pueda estarlo. El sudor se le ha enfriado sobre la piel. Acerca su oreja a los labios y a la nariz de la mujer buscando algún signo de vida. Siente entonces el hálito, delicadísimo.

Aliviado, se pregunta qué hacer. Ya no quiere estar ahí. No quiere más nada con la mujer. Resentido, piensa que la mujer sólo se ha preocupado por su placer, lo ha usado como se usa a un puto o a un muñeco o a una máquina de coger. No ha tomado para nada en cuenta su angustia, ni siquiera ha tomado nota de su angustia. Piensa en llamar

a casa, hablar con su legítima, contarle todo, pedirle ayuda. Pero ¿qué ayuda podría ella darle desde tal distancia? Muy razonablemente le diría que llame a la emergencia médica. Pero eso sería el acabose. En el manualito con que se manejan no dice qué hacer con una metaerección. Harían algo inútil, o dañino. Lo llevarían al hospital. Lo expondrían al escándalo. La Empresa terminaría enterándose. Nadie sabe qué es esto ni qué hacer con esto, piensa. Lo ha comprobado en interminables búsquedas en la Red. Sólo yo puedo solucionarlo, piensa. La clave está en que es sólo la consecuencia de una distracción. Tengo que imaginar qué es lo que debo hacer para que el nudo se desate. Pero por más vueltas que, una vez más, le daba, no se le ocurría qué hacer. Pensó en lanzar una silla –la única que había en la habitación- contra el ventanal. El viento frío y húmedo invadiría la habitación. El shock sería tremendo. La metaerección no soportaría semejante situación. Pero quizá la silla rebotaría. Estos vidrios de seguridad no son fáciles de romper. Se rajan pero no se rompen. Más seguro sería lanzar la heladerita del mini-bar. Eso sí abriría un boquete en el ventanal. Él es fuerte, puede levantar la heladerita por sobre su cabeza para lanzarla. Pero... están en el piso veinte. ¿Qué tal si el remolino que se formaría dentro de la habitación lo envolviera, lo arrastrara y lo lanzara por la ventana? Imagina el vuelo. Diez vertiginosos segundos de caída libre. Y basta. Fin. Y después ¿qué? Nada. El mundo que sigue sin él. Algo inimaginable, o quizás no tanto. Horror de los horrores, dejaría a sus hijos solos en el mundo, sin padre.

¿Qué entonces? Se mira el cuerno. Apéndice estúpido, inconsciente del desastre que su obstinación genera. Sólo quiere coger, clavarse en carne húmeda, tibia, palpitante. Coger, entonces. Es la única salida. Mira a la mujer. No despertaría en horas seguramente. Podría cogerla así, inconsciente, medio cadavérica. ¿Por qué no? ¿Porque podría acusarlo de violación? No lo haría. Aunque se considerara violada no se le ocurriría acusarlo. Entonces ¿por qué no? La utilizaría como a una muñeca inflable, como a un accesorio, tal y como ella lo utilizó a él. Tironea de la mujer hasta acomodarla en el centro de la cama. Se siente como el asesino manipulando el cadáver de la víctima. Cero signos. Floja como una medusa en la arena. Le separa las piernas. Pero sí, esa era la solución. ¿Cómo no se le ocurrió antes? Cogerla dormida, tanto como sea necesario. Magnífico.

Se arrodilla entre las piernas de la mujer dormida. Abre la concha utilizando ambos pulgares, como quien abre una cortinilla. Está completamente seca. Mucha lubricación necesita, piensa saltando fuera de la cama. Para no lastimarla. Que ni lo sienta. Se

embadurna otra vez la verga y retoma la posición. Le levanta las laxas piernas calzando sus antebrazos por debajo de las rodillas. Separa las rodillas y la vulva se abre, como si alguien por ahí hubiera huido dejando la puerta abierta. La boquita interior también está abierta, en O. Desnuda la cabeza de la verga, la emboca y la desliza dentro. Muy bien. Un polvo furtivo. Carajo. Una verdadera delicia. Nunca se había cogido a una mujer dormida, drogada más bien. Culea suavemente, sin apuro, sin llegar a topar el fondo. Una maravilla. El único punto en que sus pieles se rozan es la cópula. Piensa que a menos que se ponga loco, la mujer no se va a despertar. La meta está a la vista. Todo está en reptar lentamente hasta alcanzarla. Es sólo cuestión de paciencia.

Coge y coge y se imagina finalmente sacar la verga y paf, paf, acabar, acabarle encima, sobre el vientre, o mejor en las tetas, para que cuando se despierte se encuentre las encuentre pringosas, olorosas a semen. Y eso será como un billete de despedida. Gracias por borrarte y dejarme acabar en paz. Coge y coge, pero en realidad le molesta un poquitito que encuentra la concha demasiado floja, blanda, amplia. No le hace la más mínima presión sobre la verga, no encuentra ni la más mínima resistencia. Encuentra la cogida, por un lado estimulante, morbosa, pero a la vez algo así como desabrida. Supone que siendo así tardará quizá un poco más en acabar, y no le importa. Sigue cogiendo. No le importa que la cosquilla tarde en presentarse, igual está disfrutando de la concha, tan sumisa. Ni soñar con que otra vez se pase de punto. No piensa sacar el dedo del renglón. Está súper-atento a las mareas que no tardarán en comenzar a formarse en la punta de la verga. Cierra los ojos y goza desde ya con el momento en que el gran torrente fluya desde su cuerpo y bañe las entrañas del cuerpo dormido.

Pero no. El gran momento empieza a no llegar y él empieza a ponerse nervioso. La concha está definitivamente demasiado floja, demasiado abierta, no hay roce, no hace pie, es como coger el aire, una nube, se dice. Si por lo menos pudiera afirmarme, darle fuerte, piensa, pero esa no es en absoluto una buena idea. Saca la verga un momento, para acomodar mejor a la mujer, y entonces ve el ojete. Lindo ojete, bien terminado, pequeño, con la mucosa bien oscura, casi morada contra la piel muy blanca. Tan apretadito. Seguramente virgen. Se pregunta, naturalmente, si podría cogerla por ahí. Difícil. Hasta una muerta se despierta en esas circunstancias. Aun así, se tienta. La necesidad manda. Y necesita algo un poco más consistente si quiere llegar a acabar. Se estira y toma el pote una vez más. Mete el índice dentro de la crema. Después, con la punta del dedo untado, acaricia delicadamente el ojete. Despacito, girándola a uno y

otro lado, empujando apenas, consigue deslizar dentro la punta del dedo. Digamos, para ser precisos: la falange distal. La mujer sigue sin reacción alguna. El cuarto es el de la locura, le oyó decir más de una vez a un compañero de oficina, muy putañero él. Quizá eso era, quizá con el cuarto polvo la mujer había colapsado profundamente. Empuja ahora un poco más fuerte y desliza dentro también la falange media.

No tan difícil después de todo, piensa. Masajea suavecito girando el dedo a un lado y a otro. En ese momento recuerda, que este aperitivo –así lo llamó ella-, meterle primero un dedo, se lo enseñó su mujer. Pequeña mamacita libidinosa. Cada tanto le pide que le haga el culo. Le dice: Papi ¿hoy me hacés el culito? Ella le enseñó a abrir, a suavizar el ojete antes de usarlo. Pero ya basta de prolegómenos, piensa. Con la otra mano se da otra vez crema en la verga. Entonces piensa que así no, que mejor boca abajo. Bien. Retira el dedo. La pone boca abajo. Nada fácil. A la mujer no le sobra grasa, pero es de huesos pesados. Con todo, disfruta de la impunidad con que manipula a la mujer dormida. Comprende a los violadores que drogan a sus víctimas, comprende hasta a los necrófilos. Piensa que jamás le haría eso a su mujer. Si se quedara –cosa impensable en realidad- dormida en la mitad de un polvo respetaría su sueño, aunque estuviera padeciendo una metaerección. Pero a esta otra mujer, a esta extraña, a esta mujer de otro sí se la coge inconsciente, no la respeta, la viola, tal y como si estuviera muerta. Extraño. Se promete después, mañana, en el avión, pensar en eso.

Junta las piernas de la mujer y se arrodilla encima de ella, con una rodilla a cada lado del cuerpo. Vuelve a abrir el ojete con la punta del dedo. Lo encuentra ya más dócil. Hunde el dedo y al retirarlo la boquita vertical y morada queda abierta en O. Emboca allí la punta de la verga. Ojete y glande hacen juego en lo morado del color. Apoya las palmas de las manos junto a los hombros de la mujer y empuja suavemente con la cadera. La cabecita negra cruza airosamente el anillo. La mujer se sobresalta. Gruñe algo. Se babea sobre la sábana, profundamente dormida. Dada la suavidad del primer tramo de penetración imagina, calcula, fantasea que el ojete de la mujer ya sabe de este tipo de profanación. Ah, pícara, piensa. Pero en realidad ni ella ni su legítimo han considerado siquiera la posibilidad. Quizá porque cada uno por su lado asume que el otro no se prestaría a semejante extravagancia. Pero también porque la verga retacona del legítimo es demasiado gruesa. Tranquilizado por el triunfo sin reacción alguna empuja otra vez con la cadera. Otra vez el avance es considerable. Pero dada la forma de su verga advierte que el último tramo no será tan fácil. Siente, ahora sí claramente, el

cosquilleo en la punta de la verga y expandiéndose hacia la base del tallo para de allí comenzar a amenazar la zona de las ingles. No tiene la menor duda. Si consigue asestar media docena de puntazos la meta estará alcanzada.

Pero entonces la mujer gime, como si el dolor ya se insinuara, comenzando a superar el umbral del colapso, rasgando lenta pero seguramente el velo que envuelve a la conciencia. Asoma apenas el dolor, casi como un dolor soñado, pero ya convoca, y exige. ¿Qué hacer? ¿Retirarse? ¿Un paso atrás y luego dos pasos adelante? Se mantiene inmóvil, en el aire, sostenido sobre sus manos y sus rodillas, sin más contacto que la verga en el culo. Que, furtivamente, se pueda coger a alguien por el culo mientras duerme es algo que seguramente, no es posible. Puede ser una fantasía, o una estupidez, una torpeza, pero difícilmente puede tener éxito. En la encrucijada, decide seguir hasta el final esta vez, haciendo lo que nunca imaginó que fuera capaz de hacer, lo que hasta esa noche le hubiera dado la más horrible de las vergüenzas de sólo imaginarlo. Pero es que la posibilidad de otra vez no alcanzar su meta lo pone literalmente más allá de la razón y de lo razonable. Hunde completamente la verga en el culo de la durmiente y a la vez traslada ambas manos a sus hombros para inmovilizarla impidiéndole cualquier resistencia.

-No –grita ella, despertando directamente en pánico.

Aplastada contra la cama por el peso del hombre sobre sus hombros, un relámpago de dolor estalla cuando la porción gruesa del cuerno se abre camino en el ojete. El grito de la mujer lo asusta, pero no está dispuesto a detenerse. Son sólo unos segundos más para salirse de la pesadilla. Siente por fin cómo el maldito orgasmo avanza a paso avasallante. Firmemente sujetada por el anillo la verga había encontrado lo que le faltaba. La bruma ha desaparecido de la mente de ella y toma una enloquecida conciencia de lo que le está pasando. Se la está cogiendo por el culo, por la fuerza, violándola. Lucha por liberarse hasta que se da cuenta de que ya no le duele, que aquello es oprobio, vergüenza, humillación, violencia, pero ya no le duele. Se afloja, entonces. Se entrega al capricho brutal. Si esa es la manera de terminar con la pesadilla, que lo haga. Él siente, a la vez, que la mujer se afloja, que no lucha, y que tiene el polvo ya en la punta de la verga. Sí, ya puede soltarlo cuando se le antoje. Absolutamente nada podrá ya evitarlo. Entonces decide retenerlo un poco, disfrutar unos segunditos de la cosquilla, de la inminencia. Al fin y al cabo se lo merece. Ella percibe de inmediato

el cambio en el humor de la cogida. El hombre ya no ataca su culo armado de un taladro. Ahora ondula sobre su cuerpo masajeándola por dentro y a la vez rozando su espalda, su nuca. Cogida por el culo, piensa. Ahora sí, completamente abierta, piensa. Siente que se abre más y más cada vez que le hunde el cuerno en el culo. No puede ser, es fantástico, piensa. El ojete le estalla con cada puntazo. Siente que, como una marea rápida, su cuerpo se expande abriéndose en todas direcciones. Empieza a levantar las nalgas en busca del puntazo. Es por eso que las mujeres son tan putas con su culo, piensa, delirando un poco, o mucho. Es por eso que lo resaltan y lo mueven, lascivas, es porque esto es lo que quieren conseguir. Y ya no puede pensar o delirar más porque la concha le hormiguea, superada por la novedad, pronta para acabar.

-Dejame –pide, tratando de soltarse.

-No –gruñe él medio baboseándose a punto de soltar el polvo.

-Dejame tocarme –se irrita ella.

Entonces comprende. Es lo que su legítima hace cuando la coge por el culo: masturbase. Afloja la presión sobre un hombro. La mano de ella se esconde rápido debajo del cuerpo, ávida. Aporrea el vértice como para borrarlo de la faz de la tierra, y entonces grita, ronca, furiosa.

-Dámela. Dame más –y acaba.

Y su grito parte la piedra, que se abre y deja fluir el chorro de semen. Para inyectarla en lo más profundo él aprieta contra el culo la verga hasta que siente el anillo totalmente vencido contra la base del tallo. Ella siente cómo la energía se retira centímetro a centímetro de su piel hasta dejarla sitiada allá lejos, remota, en la última gota de su conciencia. Nunca me había sentido tan vacía, piensa, es maravilloso. Ya ni siente cómo cada puntazo suelta una ola -eso le parece- de semen en lo profundo de su cuerpo. Ya no siente que sigue masacrándose el vértice entre el pulgar y el índice. Gritos, cada vez más dulces y lejanos, como saliendo de otra garganta, y semen aparentemente inacabable, es todo lo que hay, fluyendo en un solo fluir hasta que terminan por lamer, juntos, a dos lenguas, las orillas del sueño.

-Bendito sea Dios y la puta madre que lo parió –musita él, increíblemente recordando por primera vez en su vida aquella puteada que por única vez le oyó a su padre aquella tarde de domingo en que se machucó el pulgar de un martillazo.

A las seis y media de la mañana era noche cerrada todavía. No ha puesto el despertador pero, como tantas veces, se despierta sola, exactamente a la hora que tenía que despertarse. Él se ha ido. Antes ha cerrado la cortina del ventanal. Como para proteger mi sueño, piensa. Lo primero que hace es ponerse crema curativa donde le arde. Después se queda algo así como medio minuto parada frente al espejo del baño, mirándose a los ojos, recordando cada detalle, como si de no fijar los recuerdos ya mismo, fueran a borrarse definitivamente. Hay cosas aquí que tengo que guardar, que tengo que pensar, se dice. Piensa en el polvo en el culo. Fantástico, piensa, encantada. Sí, orgullosa. Abierta del todo, finalmente. Encuentra, sí, lagunas de olvido en la sucesión de los hechos. No es de extrañar, se dice, estaba muerta, zombie.

Se baña, se viste, cierra la maleta, decide maquillarse en el taxi. Le parece raro que él no le haya dejado unas palabras de despedida. Pero después piensa que cualquier cosa que le hubiera escrito hubiera sonado falsa. Porque palabras verdaderas no podrían dar cuenta del delirio que vivieron. Y porque en realidad, en lo personal no llegaron a conocerse en absoluto. ¿O sí? Quizá sí. Quizá se conocieron tanto como es posible conocerse. Quizá no hace falta conversar largo y tendido para conocerse en lo esencial. Piensa que en realidad es pura autodefensa pretender, apresuradamente, que un encuentro así, algo de esta índole pueda ser puramente epidérmico. Quizá en equis tiempo no recuerde detalles fisionómicos o rasgos de carácter del hombre, pero tardará mucho en olvidar aquella cogida caprichosa hasta el delirio. Tiene claro en todo caso que, de ser ella la que hubiera salido furtivamente de escena tampoco hubiera dejado una despedida, porque dijera lo que dijera le hubiera sonado falso.

Está por abandonar la habitación cuando suena el teléfono. Piensa que es él. No quiere hablar con él. No tendrían nada que decirse, o tendrían demasiado que decirse. Pero puede ser de la recepción del hotel. Atiende. Es su marido.

-¿Ya estás por salir?

-Sí.

-Necesitaba hablar con vos... Anoche no pude dormir... A punto estuve de llamarte en la mitad de la noche...

No sabe qué responderle. Calla. Mira la hora.

-Quería decirte que te amo.

-Yo también te amo.

-Que me siento feliz de tenerte... y de que me hayas abierto una puertita para conocerte mejor.

-Yo también agradezco la puertita que vos abriste. Ahora tengo que irme al aeropuerto.

-Sos única.

-Chau.

-Te espero.

En el avión ni reflexiona sobre lo vivido ni se maquilla. Se duerme, aunque no antes de ir al baño a ponerse un poco más de crema curativa. Profundamente dormida se babea y balbucea, y al pasar el avión por una turbulencia su cabeza se bambolea, pero no despierta. Los ejecutivos y las ejecutivas –mayoría absoluta de los pasajeros entre semana y a esa hora- que toman nota del papelón de la colega sonríen torcido adivinando sin esfuerzo la razón de semejante agotamiento.

Él despierta bastante más tarde, a la hora en que el avión de ella despega. Un sol perezoso, otoñal, comienza a desplazar una lentísima línea de sombra pared abajo. Se siente de maravillas, a la vez relajado y energético. Se le presentan mentalmente un café, un vaso de jugo de pomelo y unas tostadas con mermelada y se le hace agua la boca. Finalmente, pues, sucedió. Tuvo un affaire con una colega en un viaje de trabajo. Como debe ser. Obvio. Exactamente como debe ser. Lo que no puede pasarle más es caer en metaerección. Nunca más. Tiene que meditar a fondo el problema, porque puede convertirse en el obstáculo para que un encuentro como el de anoche se repita. Anoche, piensa, por momentos fue una pesadilla. No puedo encarar aventurillas con esa espada de Damocles sobre mi cabeza. Tengo que resolver el tema, asegurarme de que no va a volver a pasar. Pero tampoco puede acelerar sistemáticamente los desenlaces para no

pasarse de punto. Hasta que esto empezó, piensa, siempre fue de orden para mí retener hasta que la mujer hubiera alcanzado el orgasmo. ¿Me voy a impedir hacerlo por temor a quedar colgado? Sería horrible, deprimente, no sería yo. Pensó en su mujer: con ella si caía en metaerección no importaba, porque a la larga y tan a la larga como fuera, y con mucho placer, saldrían del asunto. Pero no cualquier mujer encara así y no siempre las circunstancias lo permiten. Si ahora pertenecía al club de los que cogen en los viajes de trabajo aquello era un problema. Hablaría con un psicólogo, o con un sexólogo, o con un yogui, con quien fuera necesario. Aunque estaba seguro de que nadie lo comprendería mejor que su legítima, nadie le daría mejor consejo, aunque le dijera sin pelos en la lengua por qué el asunto lo preocupaba tanto.

Toma el teléfono y marca el número de casa. Ella atiende.

-Qué milagro que me llamas antes de tomar el avión...

-Un impulso.

-¿Pasó algo?

-No... bueno, sí. Después lo hablamos.

-Pero ¿estás bien?

-De maravillas. ¿Qué hacías?

-Es un secreto.

Sabe que le preparaba algo rico para almorzar.

-En realidad yo también estaba por llamarte.

-¿Para qué?

-¿Tenés algo para escribir a mano?

Se estira, abre el cajón de la mesa de luz, hay una lapicera, papel de carta membreteado.

-Dale.

-Tomá nota de lo que quiero que me compres en el duty free.

-----